

LOS COMANDOS DEL SOL

A.
THORKENT



BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

Datos del libro

Autor: Thorkent, A.

©1972, Bruguera

Colección: La Conquista del Espacio

ISBN: 9780000000002

Generado con: QualityEbook v0.60

Los comandos del sol

A. Thorkent

La Conquista del Espacio/077

CAPÍTULO PRIMERO

CARLOS Desmare observó su linterna con cierta alarma. La luz era cada vez más débil. Empezaba a temer que la pila se iba a consumir antes que pudieran salir de aquel laberinto. Ana Gelabert y Pierre Argent también se dieron cuenta y se agitaron inquietos detrás de él.

—Te has perdido, Carlos —dijo la chica apretándole con fuerza el brazo.

—No —replicó él queriendo dar a su voz un tono de seguridad que no sentía—. Estoy cierto de que pasamos por aquí.

El suelo estaba lleno de suciedad y maderas, cajas de cartón y otras mil cosas inidentificables a causa de la oscuridad.

—Ya casi debe ser la hora del refrigerio y llevamos mucho retraso —resopló Pierre—. Si nuestros padres se enteran que nos hemos perdidos por la Zona Prohibida... No quiero ni pensado. Y todo por culpa tuya, Carlos.

—Calla de una vez.

—Si al menos hubiésemos descubierto algo de interés. Pero nada más que un trozo de metal por el que ni siquiera nos darán las gracias —siguió diciendo Pierre malhumorado.

—Deja a Carlos —intervino Ana firmemente—. Estoy segura que sabrá encontrar el camino de regreso. —Insisto en que antes no pasamos por este corredor.

Carlos apretó los labios y tiró lejos un trozo de madera que le impedía el paso. Aquello era una prueba irrefutable de que Pierre tenía razón. No regresaban por el mismo camino. Consultó su brújula y pensó que algo raro estaba pasando. Seguían buen rumbo, aunque estaban caminando por unos pasillos que antes no recorrieron. Debía reconocer que se había equivocado en algo.

La luz de la linterna se hizo más débil aún y Ana ahogó un gemido de angustia. Las sombras a su alrededor se hicieron más densas.

Pero al doblar un recodo vieron al fondo de un largo corredor una potente luz. Los tres muchachos suspiraron aliviados, echaron a correr y pronto se encontraron, jadeantes, en una zona que les era familiar.

—¿Reconoces ahora que te habías perdido, Carlos? —preguntó Pierre un tanto triunfador.

Carlos le indicó otra salida de corredor cercano al que habían abandonado y dijo:

—Tomamos un camino paralelo, pero seguimos buen rumbo. Entramos por aquel otro pasillo.

—Pero si nos llegamos a quedar sin luz...

—Tú hubieras tenido la culpa. Te dije que consiguieras pilas nuevas, Pierre.

—Sí, es muy sencillo decir: Pierre, necesito esto y lo otro. ¿Acaso no sabes que es casi imposible conseguir recambios?

Ana se interpuso entre ambos.

—Eh, dejad de discutir. Lo importante es que estamos a salvo y a tiempo de acudir al refrigerio. Los padres no se darán cuenta de nada.

Caminaron apresuradamente. Aquella zona apenas estaba habitada, pese a su densa iluminación. Se rumoreaba entre los habitáculos de la comunidad que pronto iba a ser habitada para poblarla y que incluso se repararían los corredores de la Zona Prohibida para transformarlos en plantaciones hidropónicas.

Antes de entrar en la bulliciosa zona habitada de su propia arteria, Pierre inquirió:

—Déjame lo que encontramos. Me lo llevaré y se lo daré a mi padre.

Carlos metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño disco de metal oscuro. Por primera vez los tres compañeros miraron con suficiente luz el pobre botín obtenido en la Zona Prohibida.

—No vale nada —dijo despectivo Pierre—. No merece la pena. Apenas pesará diez o doce gramos. O tal vez menos.

—Me haré cargo de él entonces —dijo Carlos estudiando la pieza de metal, preguntándose para qué habría servido antiguamente. No

parecía haber pertenecido a alguna máquina—. Es cobre, desde luego. Tiene algunas inscripciones. Sólo distingo un cinco y algunas letras que no se pueden leer.

—Puedes quedarte con él —dijo Pierre—. Nos veremos mañana. ¿Te vienes, Ana?

La chica pareció dudar y miró un instante a Carlos, que no le prestó atención alguna, ensimismado en la contemplación del objeto. Dijo adiós y siguió a Pierre. Ambos vivían cerca. Carlos tenía su habitáculo varios corredores más allá a la derecha del de ellos.

Lentamente, Carlos emprendió la marcha. Primero muy despacio y luego bastante ligero, cuando se guardó el disco de cobre nuevamente en el bolsillo. Alcanzó los grandes corredores, circulando por su derecha, cerca de la pared y de las puertas amarillas de los habitáculos. La gente regresaba de su cotidiano trabajo. Su padre ya debería estar esperándole, quizá un tanto extrañado ante su ausencia, pero no demasiado porque aquel día no había clase y pensaría que el chico estaría jugando no lejos de allí.

Poco podía imaginarse Hugo Desmare que su hijo había pasado varias horas recorriendo la Zona Prohibida, en medio de la oscuridad y buscando objetos de metal para presentarlos en la escuela para hacer méritos y obtener el premio del mes.

Los profesores de las escuelas no exigían que se buscaran trozos de metal en lugares peligrosos como la Zona Prohibida, pero Carlos y sus dos compañeros de equipo, Ana y Pierre, habían pensado que solamente allí podrían hallar algo de valor. Era una tontería rebuscar en las zonas habitadas. La semana anterior regresaron de los corredores oscuros con dos kilogramos de hierro y seiscientos gramos de cobre. Tenían el primer puesto en su clase, pero aquel día la búsqueda resultó infructuosa y sólo habían obtenido unos gramos de cobre. Con toda seguridad perderían el privilegiado puesto alcanzado la semana anterior.

Llegó ante la puerta de su habitáculo y empujó la hoja de plástico. Era costumbre que ninguna puerta en la comunidad tuviera cerradura. Todas las moradas permanecían siempre abiertas; pero sólo sus ocupantes se atrevían a entrar sin llamar. Por ese motivo, Hugo Desmare escuchó pasos y comprendió que se trataba de su hijo. Estaba leyendo el parte diario de la Arteria, que dejó sobre una mesita para dedicar su atención a Carlos.

—Hola, hijo. Llegas casi a lo justo para comer, ¿no te parece?

—Hola, padre. Sí, me retrasé. Desde la cocina, su madre le dijo:

—Lávate las manos. Comeremos en seguida.

Carlos entró en el pequeño lavabo y abrió el grifo durante los tres segundos permitidos. Con aquella escasa cantidad de agua se lavó las sucias manos a conciencia. Se las secó en la salida del aire cálido y regresó al comedor, que por las noches se transformaba en dormitorio para las tres personas que componían la familia Desmare. Su madre ya había colocado sobre la mesa la comida y estaba terminando de escanciar el zumo de tomate.

—¿Qué tal fue hoy la búsqueda, Carlos? —preguntó Hugo Desmare.

El chico se encogió de hombros.

—Pésimamente —dijo. Y mostró el hallazgo—. Sólo esto.

Hugo entornó los ojos, interesado por lo que le mostraba Carlos. Tomó el disco metálico y lo miró atentamente. Explicó:

—He leído hace tiempo algo respecto a esto. Mi padre también me contó en cierta ocasión que en sus tiempos juveniles existían en el mundo millones de estas piezas. Se llamaba dinero. Esto es una moneda de cinco céntimos. Creo que es de una especie que ya no circulaba ni en los tiempos a que se refería mi padre.

—¿Dinero? —repitió el chico—. ¿Qué es eso? En la escuela nunca nos han explicado lo que es el dinero.

—Es lógico. En la escuela sólo enseñan cosas útiles, no historia antigua. Cuando seas mayor te iniciarán en la realidad del extraño mundo que nos rodea, Carlos, pero sólo cuando tu mente sea capaz de asimilar la verdad.

»Volviendo al dinero, puedo explicarte que la gente trabajaba para conseguir estas monedas. Con ellas obtenían a su vez alimentos, vestidos y otras cosas. Algunas personas ganaban poco dinero al día y se les llamaban pobres. Otras, en cambio, poseían mucho y tenían casas enormes, vehículos propios, muchos vestidos de diversos colores, adornos para el cuello y manos, etc.

Carlos miraba boquiabierto a su padre, sin lograr entenderle del todo. Este, comprendiendo el semblante consternado de su hijo, sonrió y explicó:

—Resulta un poco complicado, ¿no? Yo sé todo esto porque mi padre me dejó un libro que hablaba de la forma de vivir de los

antiguos.

—Me gustaría leerlo.

—Lo siento, Carlos. Tuve que entregarlo en la última requisa de papel ordenada por el Consejo.

La señora Desmare estaba sirviendo los platos e hizo una señal a Carlos para que empezara a comer. Aquel día, sexto de la semana, tocaba legumbres, huevos y algas con algo de apariencia de carne. Hugo Desmare pidió atención y recitó la oración del día. Su esposa e hijo repitieron sus palabras.

Después de un breve silencio, Carlos dejó el tenedor sobre el plato de plástico y preguntó:

—¿Acaso antes existían familias que vivían en casas más grandes unas que otras, padre?

Hugo asintió, sin dejar de comer mientras repasaba el boletín con noticias de la Arteria a la que pertenecían. Antes de irse a dormir tenía que depositarlo en el buzón colocado junto a la entrada del habitáculo para que fuese recogido al día siguiente por los de la Brigada de Recuperación.

—No debiste entregar aquel libro, padre —comentó Carlos—. Me hubiera gustado tanto haberlo leído...

El señor Desmare lo miró visiblemente sorprendido.

—¿Qué estás diciendo, Carlos? Sabes perfectamente que debemos acatar las órdenes del Consejo por el bien de todos. Recuerda el lema. ¿Lo has olvidado?

—Claro que no.

—Pues repítelo entonces.

Carlos adoptó un gesto de cansancio. Como todos los jóvenes, no siempre solía comprender el proceder de los mayores. Veía muchas cosas que le resultaban incomprensibles. Carlos siempre se había distinguido en la escuela por las complicadas preguntas que formulaba a sus profesores. En más de una ocasión había sido llamado al orden por sus impertinencias.

Su padre esperaba. La señora Desmare dejó de comer y, tratando de evitar un enfado a su marido, apremió a Carlos:

—Vamos, hijo. Haz lo que te pide tu padre.

—Está bien. Pero me sé de memoria todos los Lemas y Consejos. Creo que resulta tonto tenerlos que estar repitiendo siempre.

—De todas formas, recita el que yo quiero.

—¿Cuál? Son tantos...

—Sabes perfectamente que me refiero al de Conservación y Recuperación.

Carlos cerró los ojos y dijo:

—«La Comunidad precisa de la colaboración de todos sus miembros para que la materia nunca sea una cosa perdida, sino capaz de ser transformada para el bien de todos.»

—Perfecto —asintió complacido Hugo—. El hecho de yo entregar el libro cuando me lo pidieron tal vez haya contribuido para que aún podamos comer diariamente. Aún recuerdo que cuando tenía tu edad y la situación era confusa, nos pasábamos semanas sin poder comer todos los días. Escaseaba la luz y teníamos frío y calor. Todo el sacrificio que hagamos por la Comunidad es poco.

»¿Ves este trocito de metal, recuerdo de una civilización caduca, culpable de nuestras antiguas penalidades? Parece no valer nada, pero ten la seguridad que será transformado en un cable de medio metro de largo o menos, y que irá dentro de una unidad de combate que nos permitirá vivir unos días más y ganar tiempo para poder alcanzar la victoria anhelada sobre nuestros enemigos.

Carlos simulaba escuchar atentamente a su padre.

Sabía por experiencia que cuando los mayores se ponían a recitar las disposiciones del Consejo no era pertinente reírse o mostrarse distraído. En la escuela recibiría por tal cosa una fuerte reprimenda y una mala nota, pero por parte de su padre obtendría un par de sonoras bofetadas. Y se dijo que esto último sería sin duda mucho peor.

Aparentando indiferencia, comentó:

—Me gustaría conservar ese dinero, padre.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizá me serviría de talismán.

—No digas tonterías. Mañana mismo lo entregarás en la escuela.

—Pero...

—Basta. No se hable más del asunto —respondió tajantemente Hugo. Bebió el zumo de tomate. Dirigiéndose a su mujer, dijo—: Ya no se educa a la juventud de igual forma que en mis tiempos. No se emplea la misma dureza. Ojalá no tengamos que arrepentimos el día de mañana.

—Carlos es joven aún, Hugo —dijo, conciliadora, la mujer—. Sus años son difíciles. Todos los pasamos.

—En mi juventud estudiaba al mismo tiempo que trabajaba. Todo el mundo era preciso, incluso los niños. Hoy es diferente. Carlos sólo tiene que limitarse a ir a la escuela hasta que cumpla los veinte años. Hasta entonces no será destinado a un puesto de responsabilidad —arrugó el ceño y añadió—: No me agradaría que lo calificasen como peón, sino que desempeñase, una labor más importante.

—Estoy segura que Carlos no será un peón vulgar dentro de la Comunidad.

Mirando seriamente a Carlos, su padre respondió:

—Ojalá sea así.

Y Carlos se juró que él no sería un peón.

CAPÍTULO II

ANA Gelabert, Carlos Desmare y Pierre Argent ganaron aquella semana el premio de la escuela por haber aportado la mayor cantidad de chatarra. Y las semanas siguientes también. Todos estaban asombrados ante la suerte del trío y se preguntaban de dónde obtenían tanto metal. Pero los tres compañeros decían que sólo era suerte y nada más, que los encontraban en los rincones de los corredores, trasteando entre las cosas viejas donde la Brigada de Recuperación aún no había escarbado.

Cuando pasaron dos años y los tres amigos fueron enviados a una clase superior en la que no existía concurso entre los alumnos para conseguir chatarra, todos, excepto Carlos, olvidaron el lugar donde durante tanto tiempo habían obtenido el material.

Para Carlos la Zona Prohibida no sólo era el lugar donde, con cierta suerte, se podía encontrar más metal en menos tiempo. Aquel era un mundo subyugante, lleno de aventuras.

Los rumores que afirmaban que en breve la Zona Prohibida iba a ser acondicionada para ser habitada, nunca se hicieron realidad. Seguía estando oscura y tenebrosa, llena de misteriosos recovecos.

Una vez Carlos insinuó a sus amigos la posibilidad de volver allí. Pierre se rió de él, diciendo despectivamente:

—¿Qué pretendes demostrar ante Ana? ¿Que eres más valiente que yo? No tiene ningún mérito ir allí. Lo sabemos todos.

A Carlos le entraron deseos de pegar un puñetazo a Pierre. Entre los dos amigos se iba fraguando una noble enemistad y la causa era Ana. Los dos jóvenes sentían hacia ella, cada día más hermosa, una creciente predilección. Ambos se esforzaban por aparecer ante sus ojos como un verdadero hombre. Rivalizaban en los estudios y el deporte. Solamente estaban de acuerdo a la hora de espantar de las

proximidades de Ana la aparición de un nuevo galán. Una vez conseguido esto, los dos volvían a discutir, a esforzarse por ser mejor que el otro.

Pero Carlos no quería volver a la Zona Prohibida por afán de deslumbrar a Ana con su temeridad. Hacía dos años que no la visitaban. Anteriormente no se habían atrevido a introducirse en algunos lugares que les parecieron demasiado peligrosos. Ahora Carlos estaba deseoso de recorrerlos. Su decisión era firme. Quería inspeccionar toda la Zona Prohibida. Iría acompañado... o solo.

Un fin de semana, sin decir nada a nadie, ni siquiera a Ana, se deslizó por los pasillos oscuros provisto de una linterna sorda y varias pilas de repuesto, además de algo de alimento. No pensaba estar allí más de ocho horas, pero no quería volver a correr el riesgo de perderse y tener que permanecer en los solitarios corredores más tiempo del previsto.

Su intención de estar de exploración menos de ocho horas fracasó estrepitosamente. Pasadas cuarenta y ocho, Carlos aún no regresaba a su morada.

La alarma cundió entre los padres y amigos de Carlos. Ana se asustó mucho. No conocía los proyectos de Carlos, pero intuyó adonde había ido el joven. Temió sugerir a los mayores la posibilidad de que Carlos estuviera en la Zona Prohibida; pero el paso de las horas sin saber nada de él la decidió a ir a comunicar a los Desmare sus premoniciones.

—¿Estás loca? —exclamó Pierre cuando Ana le dijo que pensaba decirle al Jefe de la Arteria que ella pensaba que Carlos se encontraba en la Zona Prohibida—. Si lo encuentran allí lo castigarán severamente. Lo más probable será que lo expulsen de la escuela y lo envíen con los peones a los campos hidropónicos.

Ana se mordió los labios. Sabía que Carlos aspiraba a obtener un puesto de técnico especialista y trabajar con el computador Dolt-116. Sus altas calificaciones le permitían concebir tales esperanzas, pero si ahora era encontrado en un lugar prohibido, de nada le valdrían sus aptitudes para librarse de ser castigado y enviado a trabajar como peón.

—¿Qué podemos hacer? —gimió Ana retorciéndose las manos. Pierre se mordió los labios.

—Creo saber cuál es la parte de la Zona Prohibida que Carlos

quería explorar. Tal vez haya sufrido un accidente y no pueda regresar por sus propios medios.

—¿Qué piensas hacer?

—Buscar a ese tonto, demonios. Espérame aquí, Ana. Si dentro de cuatro horas no he regresado, puedes ir al Jefe de la Arteria o a los señores Desmare y contarle todo.

—Debo acompañarte...

—No. Será mejor que te quedes aquí. Alguien debe saber adonde he ido.

Fueron cuatro horas angustiosas para Ana. Estaba a punto de ir en busca del Jefe de la Arteria cuando Pierre apareció arrastrando el cuerpo inanimado y sucio de Carlos.

Jadeante, Pierre explicó:

—Le encontré a poca distancia de aquí. Debió caer en un foso. Tiene una pierna rota. No sé cómo pudo lograr salir del foso y arrastrarse hasta cerca de la salida.

Ana limpió con un pañuelo el rostro sucio de Carlos. Por un instante el muchacho recobró el sentido y sonrió a la chica al verla. Luego volvió a desvanecerse.

—Avisaré a los demás —dijo Ana.

—Quieta ahí. No pierdas la calma —la contuvo Pierre—. No podemos consentir que le encuentren en este estado. Adivinarán donde estuvo y entonces nos castigarán a nosotros también.

—¿Qué podemos hacer?

—Iré a mi casa, por un traje mío y quitaremos a Carlos este tan sucio. Luego le llevaremos hasta el bloque de viejas escaleras que conducen a los niveles de cultivos. Por allí nadie pasa desde que funcionan los ascensores. Creerán que resbaló.

Ana pensó que era una suerte que todos los habitantes de la Comunidad vistieran blusa y pantalón azul, tanto hombres como mujeres. Nadie notaría que las ropas que iba a vestir Carlos eran de Pierre.

Una vez que dejaron a Carlos al pie de las viejas escaleras, dieron la noticia a los demás que habían encontrado al extraviado.

Días más tarde, Carlos pudo dar las gracias a Ana y Pierre por lo que habían hecho. Tenía la pierna fracturada escayolada y se apoyaba en un bastón de aluminio.

—Me he librado de una buena gracias a vosotros, amigos. Sobre

todo a ti, Pierre, te estoy muy agradecido.

Pierre se encogió de hombros, quitando importancia a la cosa.

—No tienes que darme las gracias. En realidad estaba temiendo que si te encontraban en la Zona Prohibida terminarías por contar que nosotros también estuvimos allí hace unos años.

—Estoy segura que entonces no pensabas sólo en tu seguridad, Pierre —protestó Ana.

—¿Por qué no? —replicó Pierre—. Carlos no merecía que me arriesgase por él. Se merecía el castigo por estúpido. ¿Quién le dijo que se metiese otra vez allí? Eres un cabezota.

Y se marchó de malhumor dándoles la espalda.

—No le creas —dijo Ana a Carlos—. Trata de aparentar una dureza que no siente en verdad. Lo cierto es que estaba muy preocupado cuando no aparecías, Carlos.

El muchacho sonrió tímidamente.

—¿Tú no estabas preocupada por mí, Ana?

—Claro que sí, grandísimo tonto —rió la muchacha. Carlos estuvo tentado de preguntar si ella, por Pierre, se hubiera preocupado tanto; pero optó por callar. Aquello no resultaba diplomático. Queriendo ser divertido, comentó:

—De buena me he escapado. Mientras me arrastraba con la pierna rota hacia la salida me decía que había perdido todas mis esperanzas de llegar a trabajar junto al Dolt-116.

Ana cruzó los brazos sobre su juvenil pecho y preguntó airada:

—En verdad fuiste un loco arriesgando tu porvenir en esa tonta exploración, como si fueses un niño que cometiese una travesura. Dime, ¿qué encontraste allí? ¿Un buen trozo de hierro mohoso?

Carlos agachó la cabeza.

Por un instante pareció que el joven iba a responder que sí había merecido la pena correr el riesgo incluso de perder la vida en la Zona Prohibida, pero terminó diciendo:

—No, Ana. Sólo conseguí caerme desde una altura de tres metros.

Siguieron caminando en dirección a las moradas.

Pero ahora ninguno de los dos parecía sentir deseos de hablar. Carlos pensaba en su aventura en la Zona Prohibida.

Lo que allí había visto no podía contarlo a nadie.

Ni siquiera a Ana, porque ella empezaría a temer que de nuevo

él volvería a la oscuridad y terminaría enfadándose seriamente. Y Carlos, por nada del mundo, quería correr el riesgo de perder su amistad. A los mayores tampoco podía decirles que la Zona Prohibida no sólo era un laberinto de corredores y habitaciones, con viejas y silenciosas máquinas. Para él todo aquello constituía un gran secreto del que pensaba era el único conocedor.

Sería algo que Carlos no revelaría hasta pasados algunos años.

* * *

Esteban Reyes observaba al nuevo técnico que le habían enviado para que trabajase en su departamento. Como jefe tenía que reconocer que era eficaz en su trabajo. Pero Carlos Desmare, recién salido de la academia preparatoria, no le simpatizaba en absoluto. Para definir escuetamente a Desmare, podía decir que se trataba de un introvertido... y un curioso innato.

El chico preguntaba más de la cuenta. Parecía no haber tenido bastante en la academia. A veces Esteban pensaba que le habían enseñado demasiado, lo suficiente como para que comprendiese que apenas sabía nada.

En la Comunidad no era conveniente saber demasiado. Sólo lo justo era lo ideal.

Pero sólo eran unos días los que Carlos llevaba trabajando en su departamento, y Esteban reconocía que aún era pronto para emitir un juicio definitivo. Debía esperar un poco más.

El departamento encargado de la vigilancia del Dolt-116 era el más importante de toda la Comunidad. Allí únicamente podían trabajar los técnicos más calificados y sólo podía obtenerse un puesto después de una reñida lucha.

Esteban Reyes tenía presente que Carlos Desmare había obtenido el número uno de su promoción, pero se dijo que tal vez el joven tuviese los suficientes conocimientos al mismo tiempo que carecía de una estabilidad emocional adecuada.

Aquel día, mientras observaba la espalda de Desmare, inclinado sobre su mesa de calcular, trabajando aislado de cuanto le rodeaba, Esteban se hizo el firme propósito de ahuyentar de su mente la antipatía que desde el primer momento sintió por el muchacho. No debía dejarse llevar por su temperamento un poco violento y sí juzgar con frialdad. Dentro de unas semanas estaría en condiciones de confirmar a Carlos en su puesto de trabajo o solicitar su traslado.

Esto último sería una mancha ostentosa en el historial del muchacho, quien prácticamente se hundiría moralmente. No sería justo, por lo tanto, obrar con él a la ligera. Le daría la oportunidad de demostrar su valía en todos los órdenes, pero estaba decidido a mostrarse inflexible. Suministrar datos al computador Dolt-116 entrañaba un riesgo muy grande para toda la Comunidad. Y él, Esteban Reyes, debía velar porque las cosas en su departamento marchasen sobre ruedas. Una mente poco estable no debía trabajar allí.

Esteban alzó la mirada, desviándola de Carlos y la posó en la enorme mole de acero, cubiertas por miles de luces parpadeantes, que se alzaba en medio de la sala. Alrededor de la gran máquina, del computador gigante denominado Dolt-116, alma de la Comunidad, trabajaban docenas de hombres y mujeres, suministrándole datos y recogiendo instrucciones que la máquina emitía constantemente a sus amos.

¿Amos? Esteban se preguntó si realmente eran los hombres los amos de la fría e infalible Dolt-116 y no al contrario.

Reyes tenía su propia mesa de trabajo, mayor que las demás. El recibía los informes de todos los departamentos de la Comunidad y se encargaba de distribuirlos entre los demás técnicos. Sólo tenía que introducirlos en la ranura correspondiente para que el técnico adecuado recibiese la orden, la convirtiese en lámina perforada y la remitiese a Dolt-116. Pero Esteban tenía antes que asegurarse que la información era correcta, que no perturbaría un ligerísimo error la correcta marcha del computador.

Ante él, en la pantalla, se dibujaron unos complicados diagramas. La ágil mente de Esteban comprendió en seguida que se trataba de la trayectoria de los misiles enemigos que se dirigían aquel día sobre la Comunidad después de destruir los que ellos habían enviado para interceptarlos. Todo era normal. Debido a que procedían del sudoeste, envió los datos por la ranura que correspondía a Desmare.

Olvidó enseguida aquello, prestando su atención a los nuevos informes que iban llegando. Ahora correspondían al departamento de Alimentación. Al parecer surgían problemas con la distribución en la Cuarta Arteria. Aquella zona estaba muy poblada y Dolt-116 ya había predicho hacía semanas que surgirían problemas allí si no

se descongestionaba la densidad de población.

Pasaron tres horas. Comenzó a realizarse el relevo.

Nuevos técnicos fueron ocupando las mesas. Se hacía lentamente, para no interrumpir el servicio que se prestaba a Dolt-116. Esteban vio cómo Carlos Desmare dejaba su puesto a otro hombre, cambiar con éste unas palabras y luego dirigirse hacia la salida.

Poco después se le acercó Joao Pereira, su relevo.

Era de mediana edad y aspecto jovial. Saludó a Esteban con efusión, como siempre solía hacerla.

—¿Algo digno de mención, Reyes? —preguntó mirando rutinariamente el gráfico del trabajo realizado.

—Nada. Todo normal —respondió Reyes realizando los últimos apuntes. A partir de ahora Joao se encargaría del mando del departamento.

Terminó pronto. Recogió la copia que registraba la labor desarrollada durante sus seis horas de trabajo y se la guardó. Luego, en su morada, la archivaría.

Esteban salió de la gran sala del Dolt116. Una vez en la vía principal de comunicación de la Arteria, esperó junto con otras muchas personas a que llegara el autobús. Consultó el horario de llegadas y comprobó que aún tardaría el suyo unos minutos. Para distraer la espera sacó el gráfico y empezó a repasarlo. Los signos se convirtieron ante sus ojos en nítidos mensajes. Al llegar a la parte de las coordenadas balísticas, creyó que estaba soñando o que sufría una perturbación visual.

Palideció intensamente y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desmayarse. Abrió la boca tomando aire ansiosamente y se recuperó un poco. Pero ante él tenía el gráfico acusador. Rememoró las órdenes que le había pasado a Carlos Desmare poco antes. Había cometido un error. Un gran error. Resultaba extraño que Joao no se hubiese percatado de la equivocación al repasar el gráfico antes de hacerse cargo del trabajo. Pero era igual. No tardarían en darse cuenta de que Esteban Reyes había cometido un error digno de un novato inepto.

Como si estuviera viviendo una pesadilla, subió al autobús, hizo el recorrido, bajó y entró en su morada. Cayó derrumbado en un sillón. Su esposa no estaba allí. Aún era temprano para el refrigerio,

No tardaría mucho en regresar. Se pregunté cómo iba a contarle lo sucedido. Ella comprendería inmediatamente que él estaba a punto de sufrir un severo castigo.

Tenía los ojos semicerrados. Escuchó pasos acercándose a él. Miró. Ante él estaba Carlos Desmare. El muchacho estaba serio. Ya debía estar allí cuando llegó.

Esteban miró a Desmare con dureza, como si deseara echarle las culpas de su gran fallo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó secamente.

—Tenía que verle y pensé que el mejor lugar sería su morada.

—¿Para qué? ¿Por qué aquí?

—Aquí estamos solos, señor.

—Explícate. No comprendo

Hasta entonces Esteban no se había fijado en lo que Carlos llevaba en su mano derecha. Era una de las fichas de plástico, como las que él remitía a los técnicos para que a su vez éstos la transformasen en otra perforada de metal.

Carlos le tendió el rectángulo de plástico. Reyes lo tomó tembloroso. En seguida supo que se trataba del objeto de su error. Este había consistido en que había repetido estúpidamente el número de misiles enemigos que avanzaban por el sudoeste. La Comunidad consumía doble número de antiproyectiles de forma inútil. El despilfarro era el peor delito que un miembro de las Arterias podía cometer. ¡Y él había derrochado doscientas unidades de interceptores!

—Sí, ya lo sé, Desmare —asintió Reyes totalmente abatido—. Ya me he dado cuenta de mi error.

Se levantó trabajosamente del sillón, tratando de aparentar tranquilidad cuando dijo:

—Pero yo mismo me presentaré ante mis superiores antes que sea llamado. Debo hacer frente a mis responsabilidades —miró con ira a Carlos y dijo—: No debió molestarse en traerme la ficha, Desmare. Es más, no debió hacerlo.

Carlos le miró confuso.

—Usted no me entiende, señor. Me dí cuenta en seguida, nada más recibir las fichas, que usted había sufrido un error.

—¿Qué insinúas ahora, muchacho?

—Yo sólo transmití a Dolt-116 una de las fichas. A estas horas

nada más que el número preciso de proyectiles vuelan a interceptar el ataque enemigo.

Esteban frunció el ceño, dudando de las palabras del muchacho porque le parecían demasiado hermosas para que fueran verdad.

—¿Eso has hecho? ¿No has transmitido a Dolt la tarjeta repetida?

—No.

Reyes paseó por la pequeña estancia, pensando intensamente. Se detuvo y dijo:

—Joao se dará cuenta de lo sucedido cuando termine su jornada de trabajo. Al investigar en el archivo general del Dolt-116 hallará el error. Aún puede ser que...

—Eso es, señor. Usted puede decirle que rectificó a tiempo y me ordenó suprimir la tarjeta duplicada —sugirió Carlos.

—Exactamente —Esteban había recobrado su color habitual. Acercándose a Carlos, dijo emocionado—: Me has salvado de caer en la humillación más espantosa, de ser castigado y degradado. Es curioso que tú hayas hecho esto por mí precisamente hoy, cuando hace pocas horas estaba dispuesto a ser duro contigo, a exigirte más que a ninguno de tus compañeros en el trabajo.

Carlos observaba fijamente a su superior, en silencio.

—Sí, Desmare —añadió Esteban—. No me fuiste simpático desde el primer instante. Además, dudaba de tu equilibrio mental para ocupar un cargo de tanta responsabilidad, aunque sí estaba seguro de tu capacidad técnica.

—No tiene que agradecerme nada, señor —respondió Carlos. Tomó su gorra para irse, pero Reyes le contuvo con un ademán.

—Un momento. He de hacerte una advertencia. Me has salvado, Desmare, pero has cometido una grave falta.

Carlos se volvió sorprendido.

—Aunque hayas hecho una buena acción, no sólo ya a mí, sino a toda la Comunidad al ahorramos doscientos proyectiles, tu falta estriba en que has obrado por tu cuenta, cuando tu deber requería que sin dilación, sin pensar en otra cosa, debías haber transmitido a Dolt-116 mi ficha.

—Pero...

—No, no hables. Olvida que por esta vez ha resultado bien. Recuerda que pudo haber sido un doble ataque enemigo, al que se

le debía responder con una doble defensa. ¿No pensaste en eso?

—Sí. Pero comprendí que se trataba de un error.

Nunca el enemigo, ni nosotros mismos, hemos realizado un ataque por la misma dirección y con igual número de efectivos en un tiempo tan corto.

Reyes apretó los labios. El muchacho tenía razón.

Carlos, según sus primeras apreciaciones, era algo fuera de serie.

—Está bien, Desmare. Puedes marcharte. Procuraré corresponder largamente a tu favor.

—Gracias, señor.

—Pero sigo pensando que te arriesgaste demasiado.

No es aconsejable para la Comunidad que existan muchas personas que piensen por sí solas, que tomen decisiones sin tener en cuenta todos los factores y consecuencias.

—No lo olvidaré, señor.

Y Carlos se marchó sabiendo que en Esteban tenía un nuevo amigo.

CAPÍTULO III

—... Fue una impresión demasiado grande para mí.

Era muy pequeño y entonces aún no comprendía el mundo, la realidad en que vivimos. Sólo conocía corredores, travesías, aulas y moradas. Nunca supuse, aparte de las nave fabriles, que pudieran existir espacios tan grandes como los que en aquella ocasión vi.

—Es normal. No decimos la verdad a los niños hasta que no comprendemos que están preparados para enfrentarse con la realidad.

—Sí; pero yo lo descubrí por mí mismo. Durante estos años he guardado para mí solo lo que descubrí aquel día en que me partí una pierna —Carlos sonrió—. Ni siquiera se lo conté a Ana Gelabert ni a Pierre Argent. Este último me sacó de la Zona Prohibida.

—¿Quiénes son esas personas?

—Antiguos amigos míos. Hace años que no les veo.

Pierre creo que trabaja en los puestos de vigía de la superficie. Pero no sé dónde está Ana. Supongo que desempeñará un cargo importante, pues siempre obtenía buenas calificaciones —Carlos suspiró y añadió—:

Desde aquel día no volví a los pasillos oscuros y abandonados.

—¿Por miedo?

Carlos se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez porque me hice mayor y comprendí que los riesgos debían ser calculados. Dígame, Esteban, ¿por qué no se utilizan los pasillos oscuros?

—Fueron abandonados hace muchos años. Un ataque enemigo destruyó una buena parte de ellos, penetró la radiactividad y apenas si pudieron salvarse los que allí vivían. Vosotros os arriesgasteis bastante al entrar allí sin protección alguna. Tal vez no estuvisteis

mucho tiempo o ya realmente el peligro de radiación pasó. No lo sé con seguridad. Pero cuéntame qué viste en la Zona Prohibida.

El muchacho miró a Esteban Reyes. Había pasado un año desde aquel suceso de la duplicidad de las tarjetas. Entre ambos se había forjado una intensa amistad, hasta el extremo que Carlos no había sentido reparo alguno aquella tarde en contar lo sucedido años atrás. Por la mañana Reyes le había pedido que acudiese a su despacho privado cerca del Departamento de Dolt-116. Carlos se preguntaba qué deseaba su jefe de él, quien no parecía tener prisa alguna en explicarle el motivo.

Sin saber cómo, Carlos se encontró explicando a Reyes su viejo secreto, celosamente guardado. Tal vez se sintió impelido a hacerla porque ambos tenían en común el haber infringido las severas leyes de la Comunidad.

Carlos explicaba:

—Aquel día tomé un camino distinto al utilizado otras veces. No buscaba, como en anteriores ocasiones, trozos de metal. Quería saber qué era la Zona Prohibida. Después de caminar por muchos corredores y ascender por escaleras de hierro que nunca hasta entonces vi, me introduje en un estrecho pasillo, muy largo. Estaba a punto de dar media vuelta y regresar, cansado ya, cuando llegué al final. Me cerraba el paso una puerta de acero. La empujé y me quedé atónito al ver lo que había al otro lado. Me encontraba en una sala enorme, desnuda completamente. El techo, altísimo, apenas podía divisarlo con mi lámpara. Crucé la estancia y en el otro extremo había una nueva puerta. Esta me costó cierto trabajo abrirla. La sorpresa fue mayor aún. Un gran lago artificial, en el que flotaban embarcaciones de guerra en ruinas, se perdía en la oscuridad. Un pasillo colgante lo cruzaba y lo utilicé para ir al otro lado. Aquel camino me condujo hasta un ascensor que por supuesto no funcionaba, pero junto había una escalera de caracol. Dudé un poco en subir porque mi instinto me decía que llevaba demasiado tiempo ascendiendo. Pero pensé que ya había ido demasiado lejos y que un poco más nada iba a significar. Alcancé la máxima altura de la escalera. Allí había una puerta de acero. Los cierres aún funcionaban y no costó mucho hacerlos girar. Al empujar la puerta, una potente luz, que hasta entonces nunca había visto, me cegó por un instante. Cuando pude acostumbrarme a ella, me encontré en

medio de una especie de casamata, con ventanas estrechas y protegidas por gruesos cristales. Me acerqué a ellas y por primera vez en mi vida vi la tierra, los árboles y el cielo azul, cruzado por nubes grises.

Carlos sonrió y explicó:

—Naturalmente, entonces no sabía lo que era el cielo ni la superficie de nuestro planeta. Me quedé atontado.

Creo que estuve mucho tiempo mirando aquello. Luego, cuando reaccioné y estaba a punto de bajar, de huir de allí, descubrí una puerta que podía conducirme al exterior. No me atreví a abrirla. Volví al lago. Pese al miedo cada vez más intenso que se iba adueñando de mí, observé unas enormes compuertas que, indudablemente, debían permitir la salida en otros tiempos al mar de los buques de guerra.

Estaba a punto de salir de la Zona Prohibida cuando caí en un pozo y me rompí la pierna. No era muy profundo y pude salir de él. Pierre me encontró horas después y él fue quien ideó la mentira para que los mayores no pensaran que me había accidentado en un lugar prohibido. Esto es todo.

Reyes entornó los ojos. Preguntó:

—¿No viste nada más?

—No. Creo que fue bastante.

—Es curioso que pasaras de largo por delante de una sala que en otros tiempos fue una gran biblioteca, un gran tesoro.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Carlos sorprendido.

—Hace tan sólo unas semanas se envió una expedición a recorrer la Zona Prohibida. Antes de entrar en el lago descubrieron una biblioteca enorme, extensamente surtida. Nos está sirviendo de mucho para comprender el extraño mundo que nos rodea, muchacho. Quienes estuvieron allí descubrieron las huellas que dejaste, Carlos. Bueno, no saben aún que fuiste tú. Eso lo he comprendido yo ahora. La biblioteca nos servirá de mucho para comprender mejor este condenado mundo, muchacho.

—¿Para comprenderlo? ¿Es que no conocemos ya el planeta?

Esteban rió.

—Apenas. Sólo sabemos que cada día sostenemos una lucha cruenta, dura, contra el enemigo, contra las dificultades que nos rodean. Oh, comparado con lustros atrás, esto es una gloria.

Nuestros antepasados sí que lo pasaron mal, cuando aún no tenían organizada la vida en los subterráneos. Pero gracias a DoIt-116, se pudo atajar el ataque enemigo. Suponemos, sin temor a equivocarnos, que nuestros contrincantes también poseen un cerebro similar al nuestro que les evita ser destruidos por nuestros misiles.

—Sólo oigo hablar del mundo exterior, el antiguo, de forma ambigua. ¿Quién sabe cómo fue con certeza?

—Quienes nos precedieron tuvieron bastante con sobrevivir y aprovechar al máximo los recursos míseros que dispusieron en los primeros tiempos. Pronto olvidaron las causas que motivaron la situación extraña en que se encontraron. Perdieron todos los registros antiguos. Cuando quisieron investigar la Historia se encontraron con que no poseían documentos suficientes que les diesen luz sobre el asunto. Así pasaron los años, hasta que hace unas semanas, cuando al fin se decidió explorar concienzudamente la Zona Prohibida, se halló la biblioteca.

—¿Tan importante es? —preguntó Carlos socarrón—. Hasta ahora todo el papel encontrado se ha transformado en pulpa. Sólo se respetan los libros científicos. Las novelas y demás están condenadas a la destrucción.

—Encontraron una hemeroteca, Carlos.

El joven arrugó el ceño, intentando recordar lo que significaba aquella palabra. No tuvo que molestarse demasiado. Esteban le explicó:

—Son libros formados con periódicos antiguos. Abarcan cerca de doscientos años. Nos servirán de mucho. ¿No crees?

Carlos, contrariado un poco, respondió:

—En la escuela decían que no merecía la pena perder el tiempo investigando la Historia. ¿A qué se debe ahora este cambio?

Reyes esbozó una sonrisa comprensiva.

—La verdad es que los profesores decían tal cosa para justificar su ignorancia al respecto. Además, debían aprovechar el tiempo enseñándoos materias más provechosas. Siempre quisieron nuestros líderes estudiar los motivos que provocaron esta situación, que nos hizo perder la superficie del planeta para sumergimos en sus profundidades.

En esos miles de periódicos encontraremos las causas que

iniciaron la guerra. Confiamos en poder provocar un acercamiento con el enemigo e intentar detener esta locura actual. Dolt-116 ha sido ya consultado y su respuesta es esperanzadora. El computador cree firmemente en una paz inminente.

Carlos se quedó de una pieza. Mucho debía confiar Esteban en él para contarle cosas como aquélla. Se quedó atónito, sin poder articular palabra. Consideró que debía dejar a su jefe seguir hablando. Tal vez ahora se enteraría para qué le había llamado.

El hombre pareció comprender en la mirada de Carlos sus pensamientos. Complaciente, dijo:

—Ha resultado curioso que la persona misteriosa que hace años pasó cerca de la hemeroteca hayas sido tú, Carlos. Y mucho más que entre los jóvenes elegidos para una delicada y peligrosa misión sean dos de tus viejos amigos.

—¿Qué quiere decir?

—¿No has comprendido que...? —tomó un papel de la mesa y leyó—: Pierre Argent y Ana Gelabert, junto con dos personas más y tú, habéis sido elegidos por el Consejo de la Comunidad para preguntaros si queréis presentaros voluntarios.

—¿Voluntarios? ¿Para qué? Esteban consultó su reloj y dijo:

—Es casi la hora, muchacho. Vamos. Pronto te enterarás de todo.

Se levantaron y salieron del despacho. Pasaron por la gran sala que albergaba a Dolt-116. Carlos miró respetuosamente la inmensa mole de acero que regía y ordenaba la vida de la Comunidad, tanto en lo que respectaba a su defensa como administración. Sin el gigantesco computador, afirmaban los técnicos, la Comunidad sucumbiría en cuestión de días.

Carlos se atrevió al fin a preguntar a dónde se dirigían.

—Tomaremos el transportador interior. Tenemos una cita con el Consejo —respondió Esteban.

El joven sintió un escalofrío. Visitar el Consejo era algo que contadas personas en la Comunidad podían decir que habían hecho. Sólo quienes tenían cargos importantes eran llamados allí, a enfrentarse con los líderes de la Comunidad, a las personas que dictaban las leyes y castigaban a los infractores.

No se extrañó Carlos de encontrar fuera del departamento un pequeño coche eléctrico, con un guardia sentado frente a los

mandos. Esteban se acomodó primero, esperó a que su acompañante hiciera lo mismo y entonces ordenó al conductor:

—Adelante.

El vehículo se puso en movimiento. En seguida salióse de la travesía principal. Las personas que deambulaban por ella se volvían a su paso, mirándoles con cierta curiosidad. Aquel tipo de coche era poco utilizado. Nada más que la gente importante lo usaba y siempre lo hacían para misiones vitales. Por lo normal, para el desenvolvimiento normal de la Comunidad, incluso los líderes hacían uso de los servicios públicos.

Carlos confesó a Reyes:

—Me siento como todo un personaje, yendo con usted aquí.

Esteban sonrió comprensivo, pensó que tal vez lo que esperaban del joven y los demás muchachos que habían sido llamados al Consejo podía ser demasiado, superior a sus fuerzas y entusiasmo.

Entonces recordó cuando pocos días antes recibió el mensaje privado del Consejo en el cual le solicitaban un técnico del Dolt que debía reunir ciertos requisitos, entre los que debían encontrarse el entusiasmo, valor conocimientos, cierto resentimiento por el mundo en que vivían, ansias de mejorarlo. Sobre todo, el Consejo necesitaba de jóvenes que se preguntaran si aquel estado de cosas, extraño y generalmente incomprensible, no podía cambiar o mejorarse.

Esteban creía conocer ya lo suficiente a Carlos Desmare como para no dudar en elegirlo. Hasta ahora no se arrepentía de su decisión, pero se decía, se preguntaba, si estaba haciendo lo correcto, si pagaba a Carlos adecuadamente el favor que éste le hiciera tiempos atrás cuando evitó que fuera castigado a causa de la duplicidad de las tarjetas. Pero Carlos aún tenía la oportunidad de retirarse si la misión no le satisfacía. Nadie podía obligarle a aceptarla.

Pero Esteban estaba seguro que Carlos no rechazaría la oportunidad. La innata curiosidad del muchacho, la misma que le llevó años antes a explorar la Zona Prohibida, lo demostraba. Carlos Desmare era uno de los tantos muchachos que se negaban a aceptar el actual estado de cosas. Eran rebeldes, pero con suficiente conocimiento como para saber lo que querían, sin necesidad de mostrarse violentos.

Dejaron atrás la travesía principal. Al entrar en un túnel estrecho, que permitía escasamente el paso del vehículo, se detuvieron ante una puerta de acero. Esteban sacó su código secreto y lo proyectó contra la cerradura. La puerta se abrió y ellos la franquearon, cerrándose luego silenciosamente.

El túnel era largo y comunicaba con otro de las arterias de la Comunidad, en donde tenía su sede el Consejo. Carlos perdió la noción de los kilómetros que recorrieron. Aquel túnel era uno de los de seguridad. Había otros de mayor tamaño que eran usados por los camiones para el transporte de las mercancías de una arteria a otra. Pero todos sabían de la existencia de otros, muy protegidos, que sólo eran transitables en caso de emergencia o prioridad.

El coche abandonó el estrecho túnel y desembocó en una travesía grande. Después de cruzar una buena parte de su extensión, entraron en otras menores para ir al fin a parar frente a una entrada protegida por una doble puerta de acero.

—Hemos llegado, muchacho —dijo Esteban descendiendo. Después de mirar la hora, añadió complacido—: y somos puntuales. Estos túneles directos ahorran mucho tiempo en el viaje.

—¿Dónde estamos? —preguntó Desmare mirando cuanto le rodeaba. No se diferenciaba en gran cosa a lo que él conocía, pero «algo» le decía que estaba en otro lugar muy distinto.

—Estamos en la Arteria Uno, sede del Consejo. Carlos se sorprendió cuando Esteban abrió lo que parecían ser pesadas puertas de acero con el simple hecho de empujarlas. Entraron en una estancia grande y luminosa. Muchas personas de ambos sexos trabajaban allí, sentadas frente a mesas que tenían máquinas electrónicas. Alguien se levantó y se dirigió a ellos con una sonrisa de bienvenida en los labios. Era una muchacha muy linda, con el cutis deliciosamente bronceado por las lámparas solares.

—Buenas tardes, señores —saludó.

Carlos se dijo que al lado de Esteban él parecía allí un personaje importante.

—Soy Esteban Reyes, jefe del Departamento de Dolt-116. Me acompaña el técnico Carlos Desmare.

La joven consultó entre los papeles que contenía la carpeta que llevaba y respondió en seguida:

—Perfecto. Todos los demás convocados están en la Sala del

Consejo. Síganme, por favor.

En pos de la muchacha cruzaron la estancia. Nadie les prestó la más mínima atención. Llegaron hasta una puerta que se abrió automáticamente, recorrieron un pasillo y terminaron por entrar en un salón, de alto techo y luz brillante.

Carlos apenas se dio cuenta que la muchacha se despedía de ellos y se retiraba, dejándoles en la entrada de la Sala del Consejo. Era una estancia circular. Un pequeño anfiteatro semirrodeaba una larga mesa, con doce sillas alrededor de ella.

Una docena de personas se volvieron para mirarles con cierta curiosidad. Carlos no se fijó en ellas, ni en la pareja que se acercaba a él, con marcado asombro en sus ojos.

Carlos miraba el techo, una imitación bastante lograda de lo que era el firmamento terrestre en una noche clara. Al terminar su curso de técnico fue conducido junto con sus compañeros a uno de los observatorios. Allí vio por primera vez las estrellas.

A su lado, Esteban Reyes sonrió comprensivo, diciendo:

—No te avergüences, Carlos. Yo, la primera vez que estuve aquí también me quedé con la boca abierta.

Entonces Carlos bajó la mirada y descubrió a las dos personas que ya estaban cerca de él, sonrientes y contentas.

La sorpresa fue grande para él, que se preguntó cuándo cesarían de producirse aquel día. Delante suyo estaban Ana Gelabert y Pierre Argent. Sin poderse contener gritó sus nombres y los abrazó.

Aquel efusivo encuentro de los tres amigos provocó las sonrisas de los asistentes, que inmediatamente prosiguieron con sus charlas en voz baja.

—¿Me equivoco si pienso que estos jóvenes son los que te sacaron del apuro hace años, Carlos? —preguntó Esteban.

Pierre y Ana miraron con recelo al jefe de Carlos y éste se apresuró a decirles que nada debían temer de Reyes.

—Precisamente esta misma tarde, antes de venir aquí, le conté aquella pequeña aventura y que gracias a vosotros me libré de un severo castigo.

La tensión desapareció y retornaron las sonrisas.

Los tres antiguos camaradas tenían mil preguntas que hacerse y las formulaban atropelladamente, sin dar tiempo al otro a contestarlas.

Carlos tomó las manos de Ana. Sus sueños juveniles y los años transcurridos sin vela la habían idealizado de tal forma que siempre había temido la llegada del día en que volviese a encontrarla, pensando que sus fantasías le hacían exagerar la belleza de Ana. Pero tenía que reconocer que no se había equivocado en sus presunciones. La realidad había superado con creces sus pensamientos. Ana era una chica bellísima, maravillosa cristalización de una juventud prometedora.

—Estás muy bella, Ana —dijo mirándola a los ojos. Ella sonrió. Pierre, riendo, dijo:

—Tú tampoco has perdido el tiempo, caramba. Estás casi tan alto y fuerte como yo; pero no creo que tan inteligente.

Todos terminaron riendo a carcajadas. Cuando Carlos iba a interesarse por la clase de trabajo que desempeñaba Ana, Esteban se puso tenso y demandó silencio. Las charlas habían cesado y todo el mundo miraba hacia una puerta pequeña que había detrás de la larga mesa. Por ella estaba surgiendo una serie de personas de avanzada edad en su mayoría, que fueron tomando asiento en las sillas. El que se colocó en el centro dijo con voz imperiosa:

—El Consejo queda reunido. Siéntense, señores.

CAPÍTULO IV

UNA vez que las personas que estaban esperando la aparición del Consejo se hubieron acomodado en los primeros bancos del pequeño anfiteatro, el presidente volvió a tomar la palabra para decir:

—A vosotros, los jóvenes que habéis sido requeridos aquí y traídos por vuestros jefes de trabajo, que son quienes os han seleccionado, estará dirigida principalmente la alocución de Saldot, consejero por la Arteria Ocho.

El hombre que se sentaba al lado del presidente del Consejo se levantó y paseó la mirada por los asistentes. Carlos sintió en él la mirada taladrante del consejero, como si éste quisiera asegurarse que él podía servir para la misión.

—Pedimos a quienes os eligieron que os anticiparan en parte, hasta el límite que ellos conocían, algunos datos. Todos sabéis ya del descubrimiento de la hemeroteca hallada en la Zona Prohibida que rodea las arterias tres, cuatro, once y diez. Tal hallazgo nos ha impelido a confeccionar un plan que estimamos puede darnos un buen resultado. Por supuesto, todos los datos han sido sometidos al criterio de Dolt-116. El computador ha sido firme en su respuesta: Debemos intentar acabar con la guerra. De otra forma, corremos el riesgo de encontrarnos en breve plazo en una situación angustiosa. Nuestros recursos habrán llegado al límite tolerable y no podremos por más tiempo seguir enviando misiles contra las posiciones enemigas ni atajar los proyectiles que ellos nos envían.

El consejero Saldat tomó aliento y añadió:

—Pero antes que nada deseo advertiros que la misión para la cual se os ha requerido es voluntaria. Quien después de escuchar lo que pretendemos de él no desee colaborar en ella puede decirlo

libremente y no deberá temer a represalia alguna. Volverá a su trabajo tranquilamente. Sólo se le pedirá que no divulgue nada de cuanto escuche aquí sino desea ser castigado duramente. La Comunidad no debe enterarse aún de nuestros planes, pues no queremos hacer concebir falsas esperanzas, de que se piense que se podrá volver al exterior en un futuro próximo, a vivir en la superficie como lo hicieron nuestros antepasados.

»Quien desde este mismo momento lo desee, puede abandonar la sala, si teme no poder guardar un secreto de vital importancia para sus compatriotas.

Transcurrieron unos segundos. Nadie se movió de su asiento. Saldot asintió y prosiguió:

—De acuerdo. Este Consejo agradece vuestra colaboración. Confiamos en que al final esta postura nuestra no tenga que ser rectificada.

»En la Zona Prohibida, recientemente explorada, encontramos una serie de embarcaciones viejas, casi inservibles. Pero hemos logrado poner a punto una de ellas.

Se trata de un submarino pequeño, pero de gran radio de acción gracias a su pila atómica. En él pueden viajar seis personas, tales como un navegante, que también sea el jefe de la expedición, un médico, un psicólogo, un técnico en Dolt-116 y dos miembros más suficientemente capacitados en mecánica, física, química y otras diversas materias. Como os daréis cuenta, cada uno de vosotros posee una de esas especialidades.

»El fin de la misión es trasladarse al otro lado del océano, al continente enemigo, antes llamado América del Norte. Hemos calculado que el pequeño submarino será capaz de llegar hasta las costas enemigas sin atraer sobre sí proyectiles debido a su poca masa. Dolt asegura que viajando a una profundidad adecuada no existirá el menor peligro, ya que el enemigo no piensa en un ataque desde el fondo del mar, igual que nosotras, desde hace cincuenta años.

»En territorio enemigo tal vez tengáis que usar trajes a prueba de radiaciones, pues tememos que aún queden rastros en algunas comarcas a causa de los proyectiles que antiguamente usábamos los dos bandos. Intentaréis poneros en contacto con el enemigo, pero rehuyendo sus líderes y personas de edad superior a los cuarenta

años. Quiero decir, por lo tanto, que tenéis que descubrir la forma de entrar en sus refugios y haceros pasar como uno más de ellos. Sé que esto será difícil. Lo primero que tenemos que solucionar es la traba del idioma. Lo aprenderéis en unas semanas.

Entre los seis jóvenes seleccionados se produjo un movimiento de intranquilidad. El consejero Saldot se apresuró a decir:

—Luego se os entregarán las instrucciones escritas, pero ahora podéis hacer las preguntas que creáis conveniente.

Un muchacho alto, un tanto desgarrado, se levantó y preguntó:

—¿Por qué tenemos que establecer contacto con el elemento joven del enemigo? Si nuestra misión es proponer la paz, hacer que cese el bombardeo de proyectiles, ¿debemos suponer que el enemigo está gobernado por la juventud?

Saldot arrugó el ceño. Consultó con la mirada al presidente y éste asintió. Entonces, volviéndose al anfiteatro, dijo:

—Será mejor que comience con un resumen de los acontecimientos que provocaron esta guerra y por qué nuestros antepasados decidieron, al igual que el enemigo, continuarla desde las profundidades del planeta. Reconocemos que nuestros conocimientos al respecto eran casi nulos antes del descubrimiento de la hemeroteca. Ahora, gracias a ella, confiamos en poder dar una versión que debe ser considerada como bastante imparcial, pues hemos pretendido apartar de nuestro juicio todo síntoma de simpatía por nuestro bando, ya que los periódicos fueron confeccionados por nuestros antepasados y en aquellos tiempos acostumbraban a tergiversar frecuentemente la verdad para mantener la moral del pueblo.

»Todos los datos fueron suministrados a Dolt-116 y obtuvimos una síntesis que nos atreveríamos a jurar que se acerca bastante a la realidad de los hechos ocurridos.

Hizo una pausa el consejero y Carlos miró de soslayo a Ana, sentada a su lado y que escuchaba atentamente. Al mismo tiempo, se dijo que nunca había descubierto tales informes al ser insertados al computador. Se respondió que a veces su trabajo se convertía en algo mecánico y que poca atención prestaba a la interpretación de las perforaciones de las tarjetas.

Saldot decía:

—No hemos logrado precisar con exactitud cuándo comenzó el

conflicto, porque las raíces son muy profundas y la situación se produjo como consecuencia a guerras y odios provocados siglos antes, a la imperfección de la distribución de la riqueza mundial, a la gran miseria que se adueñaba de muchos pueblos y a la riqueza desmesurada que gozaban otros.

»A finales del siglo XX dos potencias se disputaban el dominio de la Tierra. Por un lado, Estados Unidos de América del Norte. Por el otro, China. Otra nación, Rusia, tiempo atrás rival de Estados Unidos, se retiró a un discreto tercer puesto, tal vez asustada por la proximidad del coloso chino o porque concebía la esperanza de que los dos gigantes se despedazaran entre sí, quedando ella ilesa después del conflicto. Además, existía en este planeta más de un centenar de naciones, todas ellas de poca importancia política y militar, aunque destacase entre éstas las del bloque occidental europeo, al que pertenecen las actuales Arterias que constituyen la Comunidad.

El joven destinado a comandar la expedición, llamado Bert Dnaher, se incorporó y dijo:

—Mi jefe del Departamento de Seguridad Arterial me informó hace unos días acerca de la antigua configuración de nuestra Comunidad. Hasta entonces no sabía que nuestras Arterias se distribuyen entre lo que antiguamente formaron las naciones mediterráneas y bálticas. Nosotros, los descendientes de aquellos hombres luchamos. ¿Contra quién? ¿Contra los antiguos Estados Unidos de América del Norte? ¿Por qué? ¿Eran nuestros enemigos?

—No, en apariencia —respondió Saldot—. Aparentemente fueron aliados o amigos de nuestros antepasados. Pero sigamos el hilo de la historia y podré explicar más detalladamente tus preguntas.

»Un día se desató la lucha. No hemos podido averiguar si fue China o Estados Unidos quien lo inició. Lo cierto es que cientos de proyectiles atómicos abandonaron sus órbitas y cayeron sobre Asia y el Norte de América. Los americanos tuvieron mejor puntería o contaban con mayores elementos y lograron destruir a su enemigo, pero quedaron bastante mal parados. Era la ocasión de Rusia. La guerra volvió a reanudarse.

»Pero Estados Unidos, pese a los grandes destrozos ocasionados por el ataque chino estaba perfectamente preparado para proseguir

la guerra desde sus grandes refugios subterráneos, en los que tenían sus fábricas y ciudades enteras. Ambas potencias contendientes tenían bases distribuidas en el mundo y no quedó un país neutral que se librara del bombardeo atómico. Europa se mantuvo al margen, o al menos lo intentó; pero cuando Estados Unidos estaban a punto de asestar el golpe de gracia a Rusia, cometieron un grave error y varios proyectiles yanquis destruyeron algunas ciudades europeas. Nuestros antepasados protestaron y sólo recibieron desaires. Los americanos se emborracharon con sus victorias, los halcones sustituyeron en todo a los partidarios de la terminación de la guerra y pensaron que era el momento ideal de implantar en el planeta la total supremacía de su país.

»Pero Europa también estaba preparándose, si no para el ataque, sí para la defensa de su territorio, y contestó violentamente a lo que consideró una brutal agresión. La guerra, una vez más, cuando parecía finalizar, se reanudó.

»El caos se adueñó del asolado mundo. No vivía nadie ya en la superficie y las únicas zonas subterráneas habitadas estaban en Europa occidental y la costa atlántica de Estados Unidos. Los dos bandos en lucha se encontraron en la situación de que si querían supervivir sólo les quedaba la solución de destruir en el aire los proyectiles lanzados por el enemigo. La vida comenzó a desarrollarse en los antiguos refugios atómicos. Se trabajó duro para adaptarlos a un uso prolongado, casi perpetuo. Al mismo tiempo continuaba la fabricación desesperada de misiles ofensivos y defensivos, reacondicionar los refugios, comunicarlos con los demás del continente, trazar planes para el futuro, localizar las minas de hierro, de carbón, de cobre, los yacimientos petrolíferos. En fin, organizar una comunidad nueva, dedicada enteramente a fabricar armas, a lanzarlas contra el enemigo del otro lado del océano e intentar por todos los medios seguir viviendo.

»Fueron muy duros los primeros años. Faltaba de todo y algunas veces los proyectiles enemigos alcanzaron varios refugios. La situación empeoró cuando fue contaminada por la radiactividad la mejor zona industrial y que al mismo tiempo poseía la última base marítima subterránea. Desde entonces a aquello se le llamó la Zona Prohibida al ser abandonada.

»Los técnicos fueron aniquilando la radiación de los proyectiles

y hoy en día nuestras bombas son completamente limpias. En verdad este logro se lo debemos igualmente a Dolt-116. Tenemos que reconocer que el enemigo también empezó a fabricar pronto proyectiles carentes de radiactividad. Tal vez ellos, como nosotros, pensamos que era posible que algún día podríamos volver a la superficie. De haber continuado el ritmo de bombardeo con el mismo grado de contaminación, la Tierra sería inhabitable en mil años. En este aspecto es lo único positivo en lo que hemos llegado a un acuerdo, sin consultarnos, claro.

El consejero Saldot calló, mirando a los asistentes.

Esta vez fue Ana Gelabert quien preguntó:

—¿Es que nunca se intentó restablecer la paz, ponerse en contacto con el enemigo aunque sólo hubiera sido por radio?

—En los primeros años la confusión se adueñó de los supervivientes de este continente —dijo Saldot—. Imaginamos que en el americano ocurriría otro tanto. Nuestros antepasados sólo podían preocuparse en proseguir la lucha para no llegar a ser destruidos y organizar la vida bajo tierra. Además, se olvidaron pronto de los orígenes del conflicto y nadie sabía cuáles argumentos utilizar para restablecer la paz. También los contactos por radio cesaron y las únicas noticias que teníamos del enemigo eran que ellos continuaban luchando. De forma mecánica, seguían lanzando sus proyectiles. Ellos también deben de disponer de un computador gigante como nuestro Dolt-116. Deben ser idénticos, pues programan la lucha de igual forma, lo que quiere decir que mientras dispongamos de medios para seguir fabricando armas, no existirá vencedor de esta guerra.

Saldot hizo una nueva pausa para volver a consultar con la mirada al presidente del Consejo. Al recibir el consentimiento, dijo:

—Esto es todo, señores. Ya sabéis que gracias al hallazgo de los periódicos antiguos hemos podido someter al criterio de Dolt-116 la situación y pedirle que nos facilite una solución. La respuesta recibida del computador ha sido el plan de paz que hemos decidido llevar a la práctica con la ayuda de vosotros. Ahora esperamos vuestra respuesta. Si queréis algún tiempo para meditarla...

Carlos Desmare miró a Ana. Deseaba impresionarla y fue el primero en levantarse y decir:

—Estoy dispuesto. Siempre pensé que la situación que

soportamos es ilógica. Desde que vi los inmensos espacios que están sobre nosotros decidí que aquél era el lugar donde el hombre debe vivir, no las profundidades de la Tierra.

Ana Gelabert y Pierre Argent aceptaron a continuación. Luego, Bert Dnaher dijo estar dispuesto a comandar la expedición. Los restantes, Daniel Campos como médico y Olga Hent como experta en psicología al igual que Ana, además de estar doctorada en Física y Química, completaron el equipo. Sus seleccionadores sonrieron complacidos ante la decisión demostrada por sus elegidos. No tendría lugar una nueva búsqueda de miembros para la misión.

Los doce hombres del Consejo se levantaron y el Presidente, en nombre de los demás, dijo escuetamente:

—La Comunidad os da las gracias. Os quedaréis en esta Arteria hasta llegado el momento de partir.

Se retiraron por la misma puerta en que momentos antes aparecieran. Un ayudante del Consejo surgió del fondo del anfiteatro, diciendo que conduciría a los voluntarios hasta sus alojamientos, pero que antes podían ir a servirse el refrigerio al comedor comunal más cercano, que él mismo les mostraría.

Carlos no se apartó de Ana mientras descendían del anfiteatro, en busca de la salida.

—No sabes cuánto me alegro de verte. No me dijiste nunca dónde trabajabas —dijo el joven—. ¿Por qué no intentaste localizarme?

La muchacha rió al responder:

—Tú tampoco diste noticias tuyas. ¿Tan ocupado estabas?

—Demasiado; pero más de una vez intenté saber de ti. A propósito, ¿te dije antes que estás más bonita que nunca?

—Sí; pero es igual. Me agrada que me lo vuelvas a decir.

—Sigues siendo una coqueta, Ana —dijo él adoptando una exagerada postura de censura—. Tal vez por eso no me casé contigo. Pero, ¿qué hace Pierre?

Carlos se volvió y vio a su amigo hablar con el ayudante que les guiaba hacia el comedor. Entonces volvió a sentir los mismos celos que de joven tuviera hacia el camarada de travesuras y comentó mordaz:

—Pierre sigue siendo el mismo de siempre, queriéndose dar importancia ante los demás —el tono divertido del joven se

desvaneció y, mirando fijamente a Ana, dijo muy serio—: Tendremos pocos días hasta que llegue la hora de la partida, Ana. Yo quisiera no perderlos tontamente y...

Calló y Ana empezó a observarle alarmada, como si temiera que él llegase a pronunciar unas palabras que no deseaba oír. La llegada de Pierre, sonriente, hizo callar a Carlos.

—Todo arreglado —dijo Pierre, pasando el brazo por encima del hombro de Ana, cosa que hizo palidecer a Carlos.

—¿Qué es lo que está arreglado? —preguntó Carlos secamente.

—Oh, no vayas a creer que este departamento, por ser el del Consejo, iba a ser un dechado de perfección en su burocracia, muchacho. Pensaron que todos los miembros de la expedición serían solteros y no dispusieron de moradas para matrimonios.

Carlos sintió que se le secaba la garganta. Su mirada saltó de Pierre a Ana, que rehuyó encontrar sus ojos con los de él. Pierre, un poco asombrado, inquirió a la muchacha, como reprendiéndola por una pequeña falta:

—¿Es posible que aún no hayas dicho a Carlos que nos casamos hace dos meses, cariño?

CAPÍTULO V

CARLOS Desmare empezó a subir los escalones que conducían a la pasarela colgante sobre el lago. Al llegar al centro de ella se detuvo y se apoyó sobre la baranda, mirando las oscuras aguas.

Nunca había pensado que al cabo de varios años iba a volver a aquel lugar que guardaba un interesante recuerdo de su juventud, donde había vivido una aventura que entonces le pareció digna de los más puros héroes de la antigüedad.

Ahora, lo que antes fue la Zona Prohibida, era un lugar lleno de gentes, de trabajo, de actividad y esperanza. De allí, de aquel lago, iba a partir el pequeño submarino que debía llevar a los seis miembros de la expedición al otro lado del Atlántico, a enfrentarse con el enemigo; pero no a luchar, sino a buscar la paz, a preparar el camino para el retorno a la superficie.

Carlos observaba el pequeño huso metálico que era el submarino atracado en uno de los muelles. Los obreros estaban terminando de ponerlo a punto. La partida iba a ser dentro de diez horas. Al amanecer.

Pero Carlos no tenía sueño y debía estar descansado. Minutos antes se levantó de la cama, decidido a dar un paseo con la esperanza de que el sueño acudiera a él. Sin saber por qué había llegado hasta el lago artificial.

Recordó que la primera vez que estuvo allí, ayudado solamente por una débil lámpara portátil, vio otras embarcaciones en el lago. Eran de superficie solamente y ahora no las veía. Le dijeron que las embarcaciones estaban en tan malas condiciones que fueron desguazadas, ya que la escasez de acero seguía siendo aguda.

Carlos anduvo por la pasarela. A su derecha estaban las grandes compuertas. La primera vez las vio en medio de una densa

oscuridad, apenas despejada por su modesta lámpara. En cambio ahora, potentes luces la iluminaban. Le contaron que costó mucho trabajo lograr mover las enormes puertas de acero. El motor eléctrico que las hacía girar estaba averiado y tuvo que ser reemplazado por otro nuevo.

Por aquellas compuertas saldrían hacia el Oeste, para cruzar más de tres mil kilómetros bajo las aguas, mientras que por encima de sus cabezas seguían cruzando el firmamento los proyectiles de uno y otro bando, en medio de la destructiva locura que estaba consumiendo las escasas energías de la Comunidad.

Alguien se acercaba por el muelle. Cuando entró en el campo de luz de las lámparas colgadas de las paredes, Carlos descubrió que se trataba de Esteban Reyes. Había llegado expresamente desde su puesto de jefatura en el Departamento Dolt-116 para despedirle y desearle suerte.

A Esteban no le pasó inadvertida la tristeza que embargaba al joven. Al principio pensó que se debía a la tensión de las horas previas a la partida y a los intensos cursos preparatorios a que fue sometido, junto con los demás miembros de la expedición, para alcanzar la capacitación adecuada.

Pero más tarde Reyes tuvo que llegar a la conclusión de que existía algo más. Sólo necesitó unas horas para comprender lo que le estaba sucediendo a Carlos. La presencia de Ana lo turbaba, aunque tratase de disimularlo de la mejor forma, procurando aparentar indiferencia. Pero tanta era la despreocupación con que Carlos quería escudarse para ocultar su debilidad, que sólo lograba a veces comportarse de una forma fuera de lo normal.

Esteban se preguntaba si Ana y su marido no se habían dado cuenta aún que el juvenil amor de Carlos por la muchacha no había desaparecido con el paso de los años.

—Hola, Carlos —saludó Esteban—. Me dijeron que habías salido de tu dormitorio. Supuse que te encontraría aquí. ¿Qué haces?

—No tenía sueño.

—Debías dormir, relajar los nervios.

—No estoy nervioso.

—Existen muchas clases de nervios; no solamente los que provocan el miedo y la incertidumbre.

Carlos adivinó por el tono empleado por Esteban que éste había

querido decir algo más. Molesto, preguntó:

—¿Qué quiere decir realmente?

—Pienso que debiste haber renunciado, muchacho.

El joven miró inquisidoramente a Esteban. Comprendía que al viejo se le escapaban pocas cosas. Como aún tenía esperanzas de que no hubiese llegado a la verdad, dijo:

—Pensé hacerla, pero consideré que ya era demasiado tarde. He comprendido al cabo de los días que lo que desean que hagamos es una locura.

—Dolt-116 nunca se ha equivocado en sus dictámenes. El computador insiste en que establezcamos contacto con la juventud enemiga. Además, tú nunca pensaste en abandonar hasta que supiste que Ana era la mujer de Pierre.

—Creí que nadie lo sabía —sonrió con sarcasmo—. Es curioso que usted, en pocas horas, se haya dado cuenta. Espero que los demás no sean tan perspicaces.

Esteban no quiso decirle que él temía que Pierre y Ana también lo supieran, pero que preferían no darse por enterados.

—Va a resultar muy duro para ti tener que pasar muchos días con la chica que amaste, que ahora es una mujer y que quieres de una forma más intensa que en los tiempos juveniles, cuando tu mente si acaso podía concebir tan sólo un amor platónico. Ahora es el deseo frustrado lo que te amarga, ¿no?

Carlos se volvió para mirar las aguas quietas y negras. Apretó los dientes y dijo:

—Sus palabras son duras. No me ayudan en nada.

—Yo, en cambio, creo que sí.

Carlos se volvió violentamente contra Esteban Reyes y dijo:

—¿Qué puede saber usted, en lo que se ha convertido mi existencia desde que llegue a la Sala del Consejo? Tengo a Ana a todas horas junto a mí, pero siempre está Pierre con ella. Los veo cogidos del brazo, besándose cuando suponen que nadie les observa. A todas horas del día tengo que presenciar sus constantes muestras de amor mutuo, en las clases, en las prácticas de supervivencia, en las lecciones sobre el manejo del submarino. Todo el día están ante mí, excepto cuando llega la noche y ellos se marchan estrechamente unidos a su morada, a hacerse el amor.

Golpeó con rabia la baranda que protegía el muelle. —Entonces

me entran deseos de correr, de alejarme de ellos y ocultarme en lo más profundo de la Comunidad, en donde nadie pudiera encontrarme. ¡Al infierno el plan de paz, todo!

—Eso debiste pensarlo antes —le reprochó Esteban—. Ahora ya es tarde. Si renuncias trastocarás los planes. Se tardarían semanas en encontrarte un sustituto. No podemos aplazar la salida del submarino.

—Todo esto lo sé y es lo único que me contiene, aunque a veces me gustaría que por mi culpa nuestras defensas se detuvieran y las bombas del otro lado del océano entrasen por todas las arterias por miles...

El muchacho soltó un gemido y trató de impedir que las lágrimas brotasen de sus ojos. Tras un gran esfuerzo lo consiguió. Avergonzado, rehuyó la mirada reprobadora de Esteban.

—Me das lástima, muchacho. Me he equivocado contigo. Te creí hecho de otra clase, de una que pensé debía tener la generación que sea capaz de devolvernos a la superficie, que no tengamos que seguir criando mozalbetes en la ignorancia, ocultándoles que sobre nosotros luce un maravilloso sol que perdieron nuestros antepasados a causa de su estupidez.

Con la cabeza caída, Carlos respondió:

—Lo siento. Lo lamento. He perdido el control.

Esteban negó con la cabeza.

—No deberías permitir que esto sucediera, Carlos.

—Le he defraudado, ¿no?

—Aún no, muchacho. Esperaré para juzgarte hasta que regreses de la misión. Con buenas o malas noticias, pero espero que vuelvas.

Carlos levantó la mirada del suelo.

—Me alegro haberle encontrado esta noche —dijo—. Sus palabras me han servido de mucho. Le juro que no se arrepentirá de haberme elegido. Vuelvo a sentir deseos de ver otra vez el Sol.

—Lo recuperaremos porque nunca debimos perderlo, muchacho. Ahora lo mejor será irnos a dormir los dos un rato.

Volvieron a cruzar la pasarela. Algunos obreros se volvieron para mirar a Carlos y su acompañante. Al reconocerlo lo saludaron amistosamente. Esteban dijo:

—Todos los seres de la Comunidad que están al tanto de la misión que vais a emprender mañana estarán pendientes de

vosotros. No os despedirán con vítores y pañuelos, pero nuestros corazones palparán más aceleradamente en el momento de que el submarino parta.

Carlos no respondió. Dejaron atrás el lago. Esteban se despidió de él dándole unas palmaditas en la espalda y el joven prosiguió hasta su dormitorio.

Al cruzar delante de la puerta cerrada de la habitación donde Ana debía descansar en brazos de Pierre, Carlos sintió un vacío en el estómago y la rabia volvió a inundar su cerebro, apagando súbitamente la calma inyectada por Esteban.

* * *

Todo resultó incluso más sencillo de lo que profetizara Esteban. Únicamente tres Consejeros acudieron a despedir a los expedicionarios. Entre éstos estaba Saldot, quien dirigiéndose a los seis jóvenes, dijo después de entregar a cada uno un sobre lacrado:

—Aquí tenéis las últimas instrucciones, que deberéis leer durante la travesía. En ellas están especificadas las instrucciones de cada uno, con las posibles variantes según sea la clase de contacto que inicien.

Luego estrechó las manos de los componentes de la misión, deseándoles suerte una vez más. Esteban abrazó a Carlos. Ambos estaban emocionados y el Jefe del Departamento de Dolt-116 apenas pudo pronunciar unas palabras entrecortadas.

Los seis jóvenes subieron al submarino, que días antes fue bautizado con el nombre de *Ar-Cero*. Desde la escotilla, el comandante Dnaher hizo el último saludo.

Las compuertas empezaron a abrirse al mismo tiempo que el submarino, navegando en superficie, comenzó a deslizarse sobre las aguas, despegándose del muelle.

En el interior del *Ar-Cero*, los tripulantes, sentados en cómodas sillas en la sala de mando, observaban por una pantalla de televisión como se acercaban hacia las abiertas compuertas.

Bert conectó los potentes focos al entrar en ella.

Aún tenían que recorrer un buen trecho, un camino de piedra sólida, excavado en la montaña, para alcanzar el exterior.

El silencio dentro del submarino era solamente perturbado por el sordo ruido producido por la dinamo accionada por la energía atómica. Todos callaban porque sabían que el momento era de

trascendental importancia en sus vidas para estropearlos con frases huecas.

Bert dijo al cabo de unos minutos:

—Estamos a punto de salir al exterior.

Todos vieron entonces en la pantalla como en el fondo del túnel empezaba a distinguirse una luz. Instantes después tuvieron que cerrar los ojos. El Sol les hirió con sus dardos en los ojos.

—El Sol —murmuró Ana.

Carlos estaba sentado inmediatamente detrás de ella, en la última fila, junto a Daniel Campos. Pierre, que estaba al lado de su mujer, dijo un tanto nervioso:

—Temo más a los grandes espacios abiertos que tener que enfrentarme con el enemigo. Confío en que con el tratamiento a que nos sometieron podamos soportar esto —y señaló el cegador astro.

Bert tuvo que colocar ante la lente de televisión un filtro para mitigar la fuerza de los rayos solares. La pantalla se oscureció ligeramente y todos pudieron observar entonces como navegaban en medio de una gran masa acuática. A sus espaldas quedaban las grandes montañas. Delante de ellos sólo tenían agua y cielo.

Olga Hent hacía las veces de copiloto y Bert le rogó que se hiciera cargo de los mandos cuando llevaban cerca de una hora de navegación. Volviéndose a los demás tripulantes, les dijo:

—Vamos a sumergimos. A partir de ahora realizaremos todo el viaje bajo el agua, a la mayor profundidad que podamos. Este submarino está capacitado para hacer la travesía sin necesidad de tener que salir a la superficie. Recuerden que por encima de nosotros cruzarán miles de proyectiles, nuestros y del enemigo. Debemos evitar el riesgo de que nuestra masa metálica atraiga alguno.

»Estableceremos tres turnos de ocho horas al día. El *Ar-Cero* puede ser manejado, como ya sabéis, por dos personas. Las otras cuatro descansarán y repasarán sus instrucciones, además de ocuparse de la comida y el aseo del navío. Aunque yo haya sido nombrado comandante de la expedición no deseo que me consideréis como vuestro superior, sino uno más de vosotros, con las mismas obligaciones. ¿De acuerdo?

Todos asintieron en silencio. Bert sonrió y, volviéndose a sentar, dijo:

—Perfecto. Ahora vamos a observar las profundidades marinas.

En el interior del submarino se retuvo la respiración. El agua subió por la pantalla y todo se hizo más oscuro.

CAPÍTULO VI

LA emoción de los primeros días de navegación dejó paso a la más desesperante de las monotonías. Navegar constantemente inmersos no era nada distraído. Pronto dejaron de encender la televisión para observar el fondo marino. Un día el radar los llenó de alarma. El submarino sufrió un estremecimiento y Bert se apresuró a explicar:

—Debemos alcanzar mayor profundidad. Apenas estamos a cincuenta metros de la superficie. Encima mismo de nosotros, dos andanadas de proyectiles han debido encontrarse y se están destruyendo mutuamente.

Entonces recordaron que sobre ellos la muerte seguía aullando y que el hombre continuaba consumiendo sus energías en una lucha estéril, a la que ellos debían intentar poner fin.

Aquella noche Carlos estaba de guardia. Los otros cuatro miembros de la tripulación descansaban. Mientras esperaba a Daniel Campos podía pensar. Bert y Olga acababan de ser relevados.

Aquella iba a ser una guardia aburrida. Daniel era poco partidario de conversar. Parecía ensimismado en sus pensamientos e ignoraba totalmente a Carlos. Sólo hablaban lo preciso.

Extrañado ante la tardanza de Campos, Carlos consultó su reloj. Estaba retrasándose en más de quince minutos. Bert quiso quedarse hasta que llegase, pero Carlos le dijo que Campos no tardaría ya.

Escuchó como alguien subía por la escalerilla metálica desde el piso inferior donde estaban los camarotes. Carlos, sin volverse, dijo:

—¿Qué demonios te ha pasado, Daniel?

Quien tomó asiento junto a él no era Campos, sino Ana Gelabert. La muchacha, al tiempo que repasaba el salpicadero de mandos para hacerse cargo de la posición de la nave, explicó:

—Daniel se indispuso. Entre Pierre y yo cubriremos su guardia. Yo haré las primeras cuatro horas.

Carlos la miró interesado. No había esperado verla aparecer en la sala de mandos de forma tan inesperada. Era la primera vez que estaban a solas y sintió que una sensación extraña le recorría todo su ser.

—¿Le... ocurre algo grave a Daniel? —preguntó porque se dijo que debía decir algo, que no podía quedarse callado como un tonto.

—Oh, no. Sólo tiene una ligera indisposición. Mañana estará como nuevo. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. Desde que hace tres días tomamos mayor profundidad, ni nos enteramos de las explosiones que se puedan suceder sobre nosotros.

—Antes de venir pasé por la sala de máquinas. Todo está correcto.

—Era de esperar. Este navío se está portando estupendamente. Los antiguos construían bien o nuestros técnicos han hecho una reparación maravillosa.

Ella rió.

—Tal vez sea la suma de las dos cosas, ¿no?

—Es posible.

Después de estas palabras los dos jóvenes parecieron haber agotado todos sus recursos dialécticos. Se dedicaron a tomar lecturas de los instrumentos y a realizar ligeras correcciones en el rumbo.

Carlos no cesaba de mirar a Ana de soslayo. La veía encantadora, con su cabellera negrísima, abundante y enmarcando su rostro bronceado por las lámparas solares.

—Ana —dijo Carlos, temiendo que su voz se quebrase.

Ella se volvió hacia él lentamente, sin decir nada.

Esperaba con su silencio que Carlos continuase hablando.

—Desde hace muchos días deseo hacerte una pregunta.

—¿Cuál es?

El sonrió embarazado. Ahora se arrepentía de haber dicho que tenía que hacer una pregunta. Pensó que podía decir una tontería y salir del paso, pero no pudo resistir la tentación y dijo:

—¿Siempre quisiste a Pierre? ¿Incluso cuando estábamos juntos los tres?

Ana comprendió que sería duro contestar con la verdad llana y optó por utilizar alguna mentira que ella consideró podía ser piadosa.

—Durante los años que permanecemos juntos los tres no sabía distinguir hacia quién mi afecto era más profundo, Carlos. Tal vez... —Ana se encontró en un callejón sin salida. Se dio cuenta que estaba dando esperanzas a Carlos. Unas esperanzas que podían causarle al mismo tiempo un profundo dolor. Pero ya no era el momento de rectificar. Ella misma se asustó al oírse decir—: Quizá si tú no te hubieras alejado de mí... No sé, Carlos. Pero siempre veía a Pierre. Me dijo muchas veces que debíamos firmar un contrato matrimonial, que me amaba. Me convenció y...

Carlos crispó los puños. La muchacha, sumamente turbada, no comprendía que a cada momento lo estaba empeorando todo y añadió:

—Hacía mucho tiempo que no te veía. Compréndelo, Carlos. No debes pensar que yo te haya hecho un desaire. Llegué a pensar que siempre amé a Pierre y no dudé en aceptar su proposición.

Una chispa de ilusión cruzó rápida por los ojos de Carlos.

—¿Quieres decir que todo se debió a que dejaste de verme? ¿Te casaste porque nunca te dije que te quería?

—Carlos, yo...

Nerviosamente, Carlos tomó las manos de la muchacha. Con cierto atropello en sus palabras, dijo:

—Aún puede arreglarse todo, Ana. Cuando regresemos a la Comunidad puedes pedir el divorcio, la anulación del contrato...

—No...

—Todo será sencillo. Pierre comprenderá que ha sido a mí a quien siempre has querido, que...

—¡No! —casi gritó la muchacha llevándose las manos a los oídos.

Carlos retrocedió de ella como si le hubieran golpeado.

—¿Qué dices? —preguntó con estupor.

Haciendo girar el sillón para darle la espalda, Ana respondió:

—No. No quiero dejar a Pierre. ¿Es que vas a obligarme a ser cruel contigo y decirte que siempre quise a Pierre, que el día que me propuso casarnos fue el más feliz de mi vida? Soy feliz con él. Y hemos decidido reunimos tan pronto regresemos a la Comunidad.

Lo siento, Carlos. He sido una torpe. No quería herirte. La verdad es que no encontraba las palabras adecuadas para decirte que entre nosotros sólo hubo una gran amistad.

El muchacho se derrumbó en el sillón. Miraba atontado la figura vuelta hacia el otro lado de Ana, ocultando su rostro.

—No puede ser, Ana. Yo siempre estuve seguro, aunque nunca te lo dije, que tú y. yo...

—Por favor, Carlos. No sigamos hablando. Podemos decir cosas de las que más tarde nos arrepentiremos de haber pronunciado — señaló los mandos del navío—. Además, nos estamos olvidando de nuestro deber.

Carlos crispó los puños. ¡Tantos deseos como había sentido de estar a solas con Ana! Experimentó cierta repulsa contra Campos. Si no se hubiese puesto enfermo se habría evitado aquella humillación, aquel desengaño.

Trató de concentrarse en la lectura de los registros. Intentó hacer un rápido recuento de su vida pasada. Llegó a la conclusión que siempre había sido un estúpido. Su ansia de saber, de conocer antes de tiempo la verdad de la Comunidad, le había apartado de Ana porque se dedicó de lleno a los estudios. Su ambición por conseguir un alto cargo en el Departamento de Dolt-116 había cobrado al final un alto tributo.

Dejó a Pierre el campo libre y éste supo aprovecharlo.

Pero aún quedaban muchos días de incertidumbre para poder asegurar que todo lo tenía él perdido. No iba a encontrarse el grupo con facilidades en el continente americano, precisamente, como para pensar que todos sus miembros iban a regresar sanos y salvos a la Comunidad.

* * *

Bert Dnaher podía sentirse satisfecho. Había llevado al *Ar-Cero* hasta un punto que los situaba a menos de tres horas de la costa americana, donde, según los cálculos efectuados por Dolt-116, estaban cerca las instalaciones subterráneas enemigas. Aquella zona sería respetada durante cierto plazo por los proyectiles propios.

Habían llegado al punto culminante de su misión, donde comenzaba lo desconocido, lo que las predicciones del computador no podían prever.

Bert convocó a los cinco miembros en la sala de mandos. Cada

cual estaba sentado en su respectivo sillón. El comandante, de pie y señalando la pantalla que reflejaba lo que captaba el visor colocado en el periscopio, dijo:

—Tenemos delante la costa enemiga. Aún estamos demasiado lejos para poder apreciar sus contornos, pero si no hemos sufrido un grave error en la derrota del submarino, podemos asegurar que nos encontramos ante lo que en otros tiempos constituyó la mayor de las ciudades americanas: Nueva York. Según los datos estudiados, esta populosa urbe fue destruida durante el inicio de la guerra por los chinos, vuelta a machacar por los rusos y creo que los nuestros terminaron de ponerla como la palma de la mano.

—¿Por qué se eligió esta ciudad como punto de desembarco? —preguntó Olga Hent—. Si ha sido la más fuertemente castigada es de temer que aún posea un fuerte grado de radiactividad.

—Nueva York fue bombardeada por rusos y chinos con bombas atómicas convencionales hace muchísimos años. Nuestros proyectiles en cambio, al igual que los actuales del enemigo, no arrojan radiaciones. Dolt aseguró que apenas si quedan ya rastros radiactivos. Pero pronto saldremos de dudas. Los aparatos detectores que tenemos en el exterior nos dirán si tendremos que usar trajes especiales al salir o no.

—Aún no me has respondido por qué se eligió Nueva York —insistió Olga, con teutónica machaconería.

Bert sonrió con su flema británica. Su aprecio por Olga había ido en aumento, pero se dijo que si la muchacha intentase ser un poco más femenina no le importaría llegar a... Apartó aquellos pensamientos. No era momento para divagaciones amorosas y respondió:

—El computador llegó a la conclusión de que el grueso de americanos que formaron el primer núcleo de habitantes subterráneos estuvieron formados por fugitivos de Nueva York. Cerca de las ruinas de la ciudad deben existir varias entradas a sus subterráneos. Con un poco de suerte encontraremos alguna utilizable, quizá enlazada con el viejo metropolitano.

Daniel Campos, completamente restablecido de su malestar, que resultó ser un ligero catarro, llamó la atención a los demás sobre el contador geiger, que captaba la radiación exterior. Todos escucharon con atención las débiles pulsaciones. Bert sonrió

complacido:

—El exterior no ofrece peligro alguno, amigos. Por supuesto alguien deberá quedarse a bordo, mientras los demás iremos a tratar de encontrar la entrada a los refugios enemigos. Será algo difícil la elección y he pensado en un sorteo. ¿De acuerda?

—¿Quieres decir con ese *iremos* que tú no participarás en el sorteo? —preguntó socarrón Pierre.

—Forzosamente tengo que ir —Bert tomó un trozo de papel y lo cortó en cinco partes. En uno de ellos trazó una equis. Los dobló y, haciendo un cuenco con sus manos, los agitó—: Vamos, tomad cada uno el vuestro.

El segundo en coger un papel fue Campos y todos comprendieron por su mirada de desaliento que a él le había correspondido la equis.

—Espero que no necesitemos al doctor —rió Ana. Carlos, que hasta entonces había permanecido callado, dijo:

—Después de su catarro no creo que le convenga salir de aquí.

Todos acogieron con risas sus palabras. Carlos miró a Ana. La muchacha parecía haber olvidado el incidente ocurrido durante la guardia hacía unos días. Por supuesto que no debió haber contado nada a Pierre, pues éste muchas veces buscó la compañía de Carlos para recordar entre ambos tiempos pasados. Todo parecía normal, como si nada hubiese ocurrido, pero Carlos sabía que no era así porque un fuego interno había germinado en él y en cualquier momento podía salir al exterior tempestuosamente, arrollándolo todo.

—Confío en que todos habrán estudiado las instrucciones, ¿no? —inquirió Bert empezando a distribuir los trajes bañados en plomo, ligeros a pesar de todo, que utilizarían como medida de precaución en el exterior. Un casco de silicio con filtro para el aire completaría el equipo.

Las cuatro personas que le acompañarían asintieron en silencio. Las instrucciones no eran otra cosa que una serie de variantes dentro de diversas alternativas que podrían encontrar en su contacto con el enemigo. Al parecer lo importante radicaba en que debían entrevistarse en primer lugar con los jóvenes enemigos, y a través de ellos obligar a las altas jerarquías a formalizar un previo alto el fuego que posteriormente les condujera a una paz total.

Bert vaciló un instante ante la alacena de donde había extraído los trajes, ante la vista de las armas perfectamente alineadas. Los demás esperaron su decisión. Bert era el único que a última hora debía decidir si desembarcarían armados o no.

—Iremos sin armas —resolvió Bert cerrando la alacena de un golpe.

Nadie hizo comentario alguno. Empezaron a ponerse los trajes. Mientras, el submarino navegaba cerca de la superficie y se acercaba a la costa. Por la pantalla podían verse las ruinas de la que antiguamente fuese gran ciudad. Los orgullosos rascacielos habían sido convertidos en montes de ruinas. Cientos de barcos anclados en el puerto parecían grotescos husos cubiertos de herrumbre. La estatua de la libertad apenas presentaba un muñón ennegrecido.

El comandante de la expedición dio las últimas instrucciones a Campos y luego subieron todos a cubierta, cuando el submarino comenzó a navegar totalmente sobre la superficie. Los motores se habían parado. La espectral ciudad la tenían a poco más de cuatro kilómetros.

Carlos cerró los ojos. Estaba amaneciendo y los rayos solares le producían daño en los ojos. Tuvieron que bajar los filtros azules de sus cascos. Pierre y Bert tomaron el bote neumático y lo lanzaron sobre la borda. Se hinchó rápidamente y lo sujetaron con una cuerda. Olga arrojó a su interior las bolsas con alimentos.

—Carlos, se me olvidó el portafolios —dijo Bert—. ¿Te importaría traérmelo? Creo que lo dejé dentro de la alacena, cuando saqué los trajes.

Carlos entró por la escotilla y abrió la alacena. Tomó el portafolios que estaba en el fondo, pero al ir a cerrar la puerta, su mirada cayó sobre las armas. Dudó un instante, pero luego tomó con resolución una pistola, que guardó cuidadosamente dentro de uno de los bolsillos de su pantalón, para lo que tuvo que sacrificar un paquete de medicamentos; pero se dijo que aquel arma podía necesitarla mucho más y que ninguno de sus compañeros debían saber que la llevaba.

CAPÍTULO VII

LA isla de Manhattan, en la cual se centralizaron en la antigüedad los más altos edificios de la ciudad, resultó ser un obstáculo enorme para los componentes de la misión. Prácticamente tuvieron que convertirse en alpinistas para salvar las enormes proporciones de escombros. Las calles eran inexistentes y, por lo tanto, las buscadas entradas del metro. Bert, enfadado, dijo:

—Antes del anochecer debemos estar al otro lado del río. Allí las edificaciones no eran tan grandes y quizá encontraremos una entrada del metropolitano en condiciones —guardó el mapa de la vieja ciudad, que de poco les estaba sirviendo e hizo una señal a los demás para que le siguieran.

Uno de los puentes, aunque destruido, aún les permitió cruzar el río sobre sus escombros. Apenas habían llegado a la otra orilla cuando un enorme estruendo les hizo detener alarmados.

—Mirad allí —dijo Olga señalando hacia el Este. Tuvieron tiempo de ver cómo uno de los muñones que milagrosamente permanecían en pie caía como un castillo de naipes, en medio de una nube de polvo y un ensordecedor fragor.

Inmediatamente, en el receptor que llevaba Bert, escucharon la voz alarmada de Campos desde el submarino.

—¿Qué sucede? ¿Os han descubierto? He escuchado...

—Tranquilízate, Daniel —dijo Bert sonriendo—. La ciudad aún no ha terminado de caer. Ha sido un resto de los rascacielos. Además, no creo que el enemigo vaya a hacer tanto ruido cuando nos descubra.

Todos rieron nerviosamente la broma de Bert. Este, tornándose luego serio, pidió a Campos que se limitase a establecer comunicación solamente durante las horas establecidas

previamente.

Carlos miraba a su alrededor con marcada curiosidad. Por más esfuerzo que hacía no podía imaginarse cómo había sido aquella ciudad antes de la guerra, por la sencilla razón que nunca había visto una ciudad. Pero por los periódicos encontrados de los que pudo leer algunos, sabía que estaba formada por viviendas separadas por espacios libres que se llamaban calles y avenidas, por las cuales circulaban las personas y los vehículos. Debían haber tenido un buen aspecto las ciudades, pensó.

Ahora cruzaban por una zona no tan llena de escombros como los barrios dejados atrás. Pero no veían entrada alguna al metropolitano. Los Consejeros de la Comunidad habían creído que iba a ser bastante sencillo encontrar una entrada a los subterráneos enemigos.

La noche llegó y en el rostro de los jóvenes podía leerse el más profundo cansancio. Bert dijo:

—Este sitio es bueno para descansar. Mañana continuaremos.

Estaban junto a un edificio que milagrosamente se había salvado de la total destrucción que los rodeaba. Era de sólo dos plantas y podían entrar en él salvando los escombros que casi obstruían la entrada. Parecía haber sido alguna clase de negocio.

Encendieron las lámparas portátiles y entraron. Mientras Bert se comunicaba con Campos para darle el parte, los demás empezaron a inspeccionar el interior del local.

—Esto debió ser un restaurante. Sí, así llamaban al sitio donde iban a comer —dijo OIga.

Ana estuvo de acuerdo con OIga, añadiendo:

—Pero era un sitio donde se podía comer por poco dinero. En las grandes ciudades existían casas de comida de lujo, donde saciar el hambre costaba diez o veinte veces más que en lugares como éste.

Socarrón, Pierre preguntó:

—¿Es que se alimentaba una persona mejor en los sitios caros?

—Generalmente, no —sonrió Ana—. Es difícil de explicar estas costumbres ahora.

—Entonces, ¿por qué había gente que prefería ir a los restaurantes donde les cobraban más?

—Porque existían distintas clases de potentados y cada cual

pensaba que debía frecuentar el lugar que le correspondía según su grado de riqueza.

—Una estupidez —dijo Carlos, mientras miraba distraídamente los podridos anaqueles donde se alineaban algunas polvorientas botellas.

Ana acudió a su lado y comenzó a inspeccionar los restos de bebidas y alimentos en lata que había. De pronto, su rostro se tornó lívido y llamó a Bert.

El jefe de la expedición acudió a su lado y Ana explicó:

—Observa esto, Bert —y señaló las botellas.

—No entiendo —confesó Bert.

—Pues está clarísimo. Las botellas que hay son de vino, que ya debe estar avinagrado. No veo licores por ninguna parte. Y los antiguos americanos eran muy aficionados al whisky, la ginebra, ron, vodka y otras bebidas que no pueden estropearse con el paso de los años debido a su alto contenido de alcohol.

Entonces Ana señaló los círculos que tenían menor cantidad de polvo que el resto de los estantes, diciendo:

—No hace mucho tiempo alguien estuvo aquí y se llevó muchas botellas, seguramente todas las de licor. Desechó las de vino porque estarán estropeadas. Por la densidad de polvo acumulado en los sitios donde estuvieron las botellas, calculo que apenas hará unos meses que este local tuvo visitas.

Los jóvenes se miraron entre sí. Luego, Bert tuvo que soportar las silenciosas miradas interrogantes de sus compañeros. Dijo:

—Puede ser cierto lo que dices. Nosotros tenemos las brigadas de Recuperación que salen frecuentemente al exterior para rescatar cosas útiles de las ciudades europeas abandonadas. ¿Por qué el enemigo no iba a hacer algo semejante?

Pierre opinó:

—Bert, tal vez Ana piense que estamos en un sector que el enemigo está procediendo ahora a explorar, a recuperar cuanto utilizable haya.

—Ese argumento quiere decir también que estamos sobre una pista correcta —sentenció Bert.

—Exacto; pero también que debemos estar alerta.

Sería mejor que seamos nosotros quienes iniciemos el contacto, y no dejarlo a la iniciativa del enemigo —comentó OIga.

—Esta noche montaremos guardia —afirmó Bert. Carlos había estado registrando entre los mostradores y la trastienda del establecimiento y regresó sosteniendo una botella de ennegrecida etiqueta.

—Esto puede ser whisky —dijo tratando de abrir la botella. Al hacer el esfuerzo el tapón casi se deshizo entre sus dedos—. ¿Qué radiactividad hace aquí, Bert?

El comandante del grupo miró su geiger de pulsera.

Aunque por el camino había estado observando que la radiactividad apenas si podía detectarse, quería estar seguro antes de emitir una conclusión cual era la existente dentro de la casa, pues estaba adivinando lo que pretendía hacer Carlos.

—Esta noche podremos dormir sin los trajes protectores. Apenas si es registrable la radiación por el geiger.

—Es lo que quería saber —sonrió Carlos quitándose el casco de silicio y llevándose a la boca el gollete de la botella.

Antes que Ana pudiera detenerle, Carlos bebió un trago. Chasqueó la lengua y, sonriendo, dijo complacido:

—Debe ser whisky, sin duda. Se parece al coñac.

Está bueno. ¿Queréis probar?

—Eres un loco —le reprendió Ana—. El interior puede estar contaminado aún.

—Tus palabras me hacen recordar los viejos tiempos, Ana, cuando te oponías a mis ideas porque te parecían demasiado temerarias. Claro, que a Pierre nunca le reñías porque él era bastante... cauto.

Ana había comprendido la ironía de Carlos y se mordió los labios. Pierre, impasible, dijo:

—Ana tiene razón. Ha sido una locura beber de esa botella.

Carlos se encogió de hombros y la estrelló contra el suelo.

—Si no queréis beber... Cuando el enemigo se ha llevado todas las que había es porque sí podían aprovecharlas.

—Basta ya de discusiones —intervino Bert—. Comeremos de nuestras raciones y montaremos guardia hasta el amanecer. Oiga hará el primer turno. Luego Pierre, Ana, yo y tú, Carlos. Te encargarás de despertarnos cuando sean las seis y media de la mañana. Cada uno hará hora y media de guardia.

Carlos era la primera vez que dormía fuera del submarino o de los subterráneos de la Comunidad y le fue difícil poder conciliar el sueño. Despertó varias veces. La primera vez vio a Olga montar guardia junto a la puerta, sentada en una vieja silla y muy tiesa, mirando al exterior. Luego, por dos veces, vio a Pierre. La cuarta vez que despertó era Ana quien vigilaba.

Carlos sacó su mano izquierda del saco de dormir y consultó la hora a la luz de la lámpara que habían dejado encendida en un rincón de la habitación. A Ana apenas si le quedaba media hora de guardia. Pronto ella despertaría a Bert y luego le tocaría a él hasta el amanecer.

Se revolvió dentro de su saco y trató de buscar de nuevo al sueño. Comprendía que apenas había descansado y necesitaba hacerlo.

Volvió a mirar hacia la puerta y Carlos se sentó al ver que Ana se levantaba y miraba al exterior. Algo parecía haber llamado su atención.

Carlos gruñó algo y terminó por salir de su saco de dormir. Avanzó con sigilo hacia la puerta procurando no despertar a los demás. Ana se sobresaltó al verle acercarse, pero inmediatamente respiró aliviada.

—¿Qué sucede? —preguntó Carlos.

Ana señaló al final de la calle, que terminaba entre dos altos edificios que inverosímilmente seguían manteniéndose en pie sobre sus esqueletos de hierro. —Me pareció oír ruidos por allí —dijo.

—Recuerda la casa que vimos derrumbarse esta mañana —dijo Carlos—. Lo que te ha sobresaltado ha podido ser un cascote.

—Lo que escuché no fue producido por un derrumbe.

Más bien diría que se trataba de alguien que pretendía acercarse a nosotros tratando de no hacer ruido.

Carlos trató de descubrir algo sospechoso entre las ruinas. El cielo estaba despejado y la Luna proporcionaba una aceptable luz, pero las zonas oscuras eran densas y alrededor de ellos podía ocultarse un ejército entero.

—Podemos echar un vistazo. Tal vez sea una rata o un perro —comentó Carlos recordando aquellos animales que antaño abundaron tanto en la superficie del planeta.

—La guerra no dejó un animal vivo. Si se trata de algún ser

viviente debe ser un hombre, un enemigo para concretar.

—De todas formas voy a mirar en esas casas —aseguró Carlos.

—Es peligroso. Te acompañaré. Aunque creo que será más prudente despertar a los demás. —Luego se reirían de nosotros. No. Déjalos dormir.

Yo voy prevenido.

Carlos sacó la pistola y Ana la miró con asombro, pero no hizo comentario alguno. Carlos en seguida se arrepintió de su gesto. Ana ya sabía que él estaba armado. Su pensamiento inicial de buscar el momento para hacer uso de la pistola contra Pierre y echar las culpas de su muerte al enemigo, se vino abajo.

Enfadado consigo mismo por su precipitada acción, Carlos empezó a caminar hacia el lugar que había llamado su atención. Ana le seguía de cerca.

Llegaron hasta el final de la calle, saltando entre los escombros, pegándose a las zonas en sombras y procurando que los guijarros no hicieran bajo sus botas el menor ruido.

—No hay nadie —dijo, casi desilusionada, Ana.

—Quizá haya sido todo una falsa alarma, pero cuanto antes nos encontremos con el enemigo, mejor. Y me gustaría que fuésemos nosotros quienes fijásemos el momento.

Ante ellos se ofrecía lo que antiguamente fue una amplia avenida. La luz lunar proyectaba sus largas sombras sobre los cascotes. Iban a dar media vuelta para regresar cuando Carlos apretó el brazo de Ana. La muchacha ahogó un grito de dolor y miró hacia la dirección que apuntaba Carlos con su arma.

—Alguien corrió por aquellas ruinas. Estoy seguro.

Vamos —dijo Carlos.

La soltó y corrió hacia aquel lugar sigilosamente, saltando sobre los escombros y procurando no permanecer más de un segundo en las zonas iluminadas por el satélite. Ana le siguió tan aprisa como pudo. Perdió de vista a Carlos, que desapareció tras un muro calcinado. Creyó oír ruidos, como si dos cuerpos rodaran por el suelo.

Cuando Ana llegó por donde Carlos se marchó, se detuvo estupefacta. El muchacho surgía de las sombras empujando a alguien, que trataba de soltarse de la presa ejercida por Carlos.

—He aquí al tipo que nos espiaba, Ana —dijo Carlos jadeante.

Al alcanzar la luz los dos pudieron ver que se trataba de una mujer. Vestía como un hombre y llevaba el pelo muy corto. Pero sus facciones eran hermosas y bajo las toscas ropas se adivinaba un escultural cuerpo, fuerte y femenino empero.

—No estará sola —advirtió Ana mirando con recelo alrededor.

—Ya le he advertido que si grita le vuelo la cabeza —sonrió Carlos agitando la pistola—. Estaba armada con esto, pero no le di tiempo a utilizarla.

Carlos mostró a Ana otra pistola, negra y de largo cañón.

—Saben que estamos aquí, no hay duda alguna —dijo guardando el arma capturada entre la cintura y el pantalón.

La desconocida muchacha miraba a los dos europeos con miedo y recelo a la vez. También había algo de curiosidad en sus ojos grandes y verdes. Dirigiéndose a ella, Carlos le preguntó en inglés:

—Somos miembros de la Comunidad, de Europa. En pocas palabras, sus enemigos. Me llamo Carlos Desmare y esta señorita es Ana Gelabert. Pertenecemos a una misión pacífica. Deseamos establecer contacto amistoso con ustedes. Estamos comisionados por nuestro Consejo para iniciar conversaciones que nos lleven a la paz.

La chica escuchó las palabras de Carlos con creciente interés y asombro. Luego, tartamudeante dijo:

—Mi nombre es Doris Power y...

Ante el súbito silencio de la muchacha, Carlos la apremió:

—Siga, no se detenga.

Pero Doris miraba a la espalda de Carlos y éste y Ana se volvieron. Desde aquel lugar podían ver la casa que servía de refugio a la expedición. Una extraña comitiva estaba saliendo de ella. A pesar de la poca distancia y escasa luz, comprobaron que sus tres compañeros iban en el centro del grupo, prisioneros de una docena de hombres armados con rifles.

—Los han hecho prisioneros, Carlos —gimió Ana. Carlos se mordió los labios y amartilló con fuerza la pistola. Avanzó un par de pasos y se detuvo. La comitiva torció por una vereda y desapareció pronto de su vista.

—Los debieron sorprender cuando dormían —gruñó Carlos. Miró a la prisionera y dijo a Ana—: Tal vez mandaron a esta para quitar de en medio a quienes estuviesen de guardia. Has sido un bonito cebo, Doris Power.

Ana se enfrentó a Doris y dijo secamente:

—Te mataré si algo le sucede a Pierre.

—¿Pierre? —repitió Doris extrañada—. ¿Qué es?

—Es el marido de Ana —explicó Carlos—. Ahora tú vas a explicarnos muchas cosas. Pero antes nos aseguraremos que no hay nadie más por los alrededores. Toma.

Carlos entregó a Ana la pistola que arrebató a Doris diciendo:

—Si intenta escapar no dudes en disparar.

—Descuida que lo haría con gusto —aseguró Ana—. Ojalá lo intente.

Carlos regresó unos minutos después, cuando por levante empezaron a surgir los primeros rayos del sol. Explicó a Ana:

—No podemos comunicarnos con Campos. Bert tenía el único transmisor. Aquí estamos seguros por el momento. Si alguien se acerca durante el día los descubriremos a tiempo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Desayunar. Mientras tanto, esta jovencita encantadora nos dirá todo lo que queremos saber.

Carlos indicó a Doris que se sentase. Sacó un paquete del bolsillo y extrajo unas tabletas alimenticias. Entregó una a Ana y, después de pensado unos segundos, dio otra a Doris, que aceptó no sin antes dudado un poco.

—Bien, Doris Power, confío en que no vas a obligarnos a emplear la violencia contigo y nos dirás cómo podemos llegar hasta nuestros amigos y libertarlos. Por ahora tenemos que abandonar nuestros proyectos de paz y dedicamos de nuevo a la guerra, que así es como parece ser que lo desean los tuyos. ¿Son soldados los que se llevaron a nuestros compañeros? Tú no pareces uno de ellos...

La chica mordió con fuerza la tableta alimenticia y dijo:

—Ellos no son personas, sino bestias. Son los sicarios de los Senadores.

—¿Qué quieres decir?

Doris hizo una mueca de aburrimiento.

—Yo no estaba cerca de vuestro campamento para servir de cebo. Fui enviada para advertirles que esta noche serían apresados por los hombres del Senado. Pero llegué tarde. Descubrí a los guardias y tuve que ocultarme. Creo que ellos no saben que vosotros dos estáis libres.

—No entiendo nada —dijo Carlos mirando a Ana, que se encogió de hombros.

—Con suerte lo entenderéis más adelante —dijo Doris—. Me refiero a la situación de los Refugios. Tendré que explicar algo ahora. Desde que estaban a quinientas millas de la costa el Senado sabía que querían desembarcar. Por las comunicaciones que efectuaban con el hombre que ha quedado a bordo del submarino, que a estas horas también estará prisionero, averiguaron sus propósitos, que son de los más contrarios a los pensamientos del Senado y el Juez. No han dicho nada a los habitantes de los Refugios, pero nosotros tenemos espías por todas partes y decididos a actuar.

—Pero si nuestras intenciones son de paz —protestó Ana.

—Precisamente por eso el Senado quiere que no llegue al pueblo la noticia de vuestra llegada.

—¿Por qué?

—El Juez y los Senadores son los únicos interesados en que prosiga la guerra. Todos estamos contra ella, pero nadie se atreve a rebelarse abiertamente. Excepto nosotros, naturalmente.

—¿Quiénes sois vosotros en realidad?

—Los jóvenes que intentamos resucitar la sepultada democracia americana. Los enterradores son el Juez y los Senadores, que han olvidado con el paso del tiempo el verdadero cometido de sus oficios.

Carlos cerró los ojos. Recordó las instrucciones dadas por Dolt-116: La misión de paz debía buscar en los jóvenes enemigos ayuda y rehuir la presencia de los líderes.

CAPÍTULO VIII

—**E**XISTEN muchas entradas a los Refugios, pero todas están controladas por los guardianes del Senado. Nuestro grupo conoce varias, que usamos particularmente. Por esta salí yo hace unas horas para preveniros.

Doris había llevado a Carlos y Ana hasta una casa de una sola planta. Era una vieja gasolinera. Detrás de ella había un bunker casi totalmente oculto por arbustos raquíticos, de la especie que pugnaba en la Tierra por florecer en medio de las explosiones.

—Debemos damos prisa —dijo Doris—. Creo que esta zona será bombardeada por vuestros proyectiles en poco tiempo. Algunos no podrán ser interceptados por los nuestros.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Carlos ayudando a Doris a descubrir la entrada.

—Tenemos enlaces cerca de nuestro computador general. Salimos frecuentemente al exterior a procurarnos armas y otras cosas y debemos conocer las horas que no haya peligro.

—Los nuestros no bombardearán esta zona durante algún tiempo —dijo Ana—. Saben que estamos aquí.

Doris sonrió a Carlos y éste se sintió complacido.

—Claro —dijo—. Debí suponer algo semejante. Entremos.

El pasillo estaba oscuro y Doris tomó una lámpara de una repisa, encendiéndola. El camino tenía un pronunciado declive. Después de cerca de media hora empezó una escalera que a Carlos y a Ana les pareció interminable. El aire sabía a rancio, viciado.

Carlos le hizo esta observación a Doris, quien respondió:

—Cuando lleguemos a los trescientos metros de profundidad entraremos en los túneles ventilados.

Cuando alcanzaron un corredor de unos tres metros de ancho se

encontraron con un extraño vehículo que hizo recordar a los europeos los que ellos usaban en la Comunidad para comunicarse de una Arteria a otra.

—Con esto llegaremos en poco tiempo —dijo Doris sentándose frente a los mandos y poniendo en marcha el motor eléctrico. Los faros delanteros se encendieron y alumbraron un largísimo trayecto. Cerca de un kilómetro más adelante comenzaron una serie de curvas.

Doris conducía con pericia y parecía gustar de apretar el acelerador. En más de una ocasión Carlos cerró los ojos.

—Tenemos varios de estos coches para nuestro servicio particular. Los robamos a los guardianes del Senado.

—¿Conoce el Senado la existencia del movimiento al que perteneces? —preguntó Carlos.

—Sí —los ojos de Doris se nublaron—. Cuando cogen a uno de los nuestros lo condenan a los Hornos Atómicos o se lo queda el Juez para divertirse con él en su Cámara Privada. A John lo atraparon hace unas semanas. Creemos que terminó en los Hornos. Siempre es mejor así que ir a parar a manos del Juez.

—Pero esto es horrible —dijo Ana—. Nunca pensé encontrarme al otro lado del Atlántico con semejantes seres...

—No te detengas —dijo Doris—. No te sofoques. No todos somos iguales a los Senadores y sus guardias. La inmensa mayoría somos partidarios de la libertad y la paz con Europa. Ya es tiempo de dejar esta guerra y dedicarnos a reconstruir el mundo... antes que sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —repitió Ana.

—Sí. El Senado intenta desarrollar un nuevo artillugio, una especie de proyectil que no sea interceptable y que penetre en vuestros refugios.

—Caramba, así lograréis vencernos y podréis salir a la superficie sin temor alguno —ironizó Carlos.

—No será así. Los Senadores y el Juez tienen la intención de dejar a todo el pueblo dentro de la tierra. Ellos gozarán del Sol mientras nosotros trabajaremos para su bienestar. Hemos podido enterarnos de sus planes secretos y desde entonces resolvimos pasar a la acción directa. Ya no nos limitamos a captar adeptos, sino que cuando podemos atacamos a los guardianes y sabotamos sus

proyectos para el desarrollo de la nueva arma. Por eso mataron a John.

—¿Quién fue ese Jhon? ¿Uno de vuestros jefes? Tras un instante de silencio, Doris replicó:

—Era mi novio. Íbamos a casarnos unos días después de que lo arrojasen a los Hornos.

Carlos cambió una mirada con Ana. Ninguno de los dos se sintió con deseos de seguir hablando durante el viaje.

* * *

Quien estaba sentado tras la mesa pequeñita era joven aún, pero sus ojos parecían viejos al escudriñar con detenimiento a los dos europeos, que esperaban de pie y en silencio.

—Sentaos —dijo al cabo de un buen rato el hombre.

Doris aproximó unas sillas.

—Lamento no poder daros la bienvenida. No está en mis manos haceros grata la estancia. Por el contrario, estáis en peligro.

—Gracias de todas formas —dijo Carlos. Tras ellos estaban varios miembros del movimiento de resistencia de los Refugios. La palidez en sus rostros era la nota predominante en ellos.

Los habitantes de los Refugios de América no debían contar con lámparas solares para broncear el cutis. Doris mostraba en sus mejillas cierto sonrosado que indicaba que se había expuesto a los rayos solares, pese a la crema que había utilizado durante su estancia en el exterior.

—Doris me dijo que durante el camino os explicó algo respecto a nuestra situación —dijo el hombre. Sonrió levemente y dijo—: A veces olvido la buena educación. Mi nombre es Kurt Thasman.

Señaló a los demás hombres que estaban tras ellos y añadió:

—Nosotros somos los principales mandos del movimiento. Ya habéis podido comprobar que los dirigentes de la vieja nación norteamericana no os han recibido cordialmente. Espero que os confiéis a nosotros y nos contéis cuál es vuestra misión.

—Bert Dnahr es el jefe, pero no veo inconveniente alguno, teniendo en cuenta su ausencia, en que yo hable —dijo Carlos—. En realidad nuestras órdenes dicen que debemos establecer contacto con el elemento joven y avanzado en ideas del enemigo.

—Es curioso que tales instrucciones partan de vuestros miembros del Consejo, todas personas de edad avanzada. Al parecer

en Europa se avanzó mucho más en el campo social que en América desde que comenzó la guerra. En realidad nosotros sólo hemos hecho retroceder. Hace tiempo que perdimos nuestras libertades.

—La verdad es que fue Dolt-116 quien aconsejó rehuir el contacto con vuestros líderes y buscaros a vosotros.

Carlos tuvo que explicar que Dolt-116 era un computador gigante.

—Paso de un asombro a otro —dijo Kurt—. Nuestro computador gigante, que denominamos Big Mind, también es quien proyecta el desarrollo de los Refugios. Además de la programación total para la fabricación de los proyectiles y su lanzamiento. Pero está resultando enormemente torpe para desarrollar los problemas que le someten para la planificación de la nueva arma que el Senado desea. Por lo que has explicado juraría que vuestro Dolt-116 y nuestro Big Mind son hermanos gemelos.

—Es posible —dijo pensativo Carlos—. El nuestro fue construido poco antes que estallase la guerra.

—También Big Mind. Existen rumores que una firma filial americana en Europa, antes de la guerra, comenzó la fabricación de vuestro Dolt-116.

—Si ambos son iguales deben pensar igual —dijo Ana.

Doris asintió.

—Tal vez por ese motivo esta guerra estúpida sigue en tablas, sin que pueda perfilarse vencedor o vencido. Desde que se hicieron cargo de su dirección los computadores, parece que los proyectiles de uno y otro bando se niegan a causar daños considerables. Quienes verdaderamente la dirigen piensan igual. Mientras los hombres no carezcan de recursos para fabricar las armas y cumplan las órdenes de los computadores, nunca habrá un vencedor.

—Kurt, ¿afirmas que vuestro computador se resiste a dar soluciones al arma que quiere desarrollar el Senado? —preguntó Carlos.

—Así es. El Senado está furioso con esto. Piensa en un sabotaje nuestro, pero nosotros, pese a que tenemos acceso al computador, no podemos hacer nada. Big Mind dice siempre que los datos que le proporcionan son escasos; pero la verdad es que no pueden ser más completos.

—Un computador pacifista —murmuró Carlos— Como Dolt-116.

—Sí. Son hechos que inducen a pensar profundamente —dijo Kurt.

Una muchacha entró en la habitación llevando una humeante jarra y varios vasos de plástico. Colocó todo ello encima de la mesa, después que Kurt apartase los papeles.

—¿Queréis? —preguntó a los europeos—. Nosotros llamamos a esto café. Algunas veces conseguimos que hasta sepa a café.

Carlos y Ana tomaron unos vasos y probaron aquella infusión. Ninguno de los dos pudieron reprimir un gesto de desagrado.

—¿Tan mal ha salido hoy? —preguntó irónico Kurt. Carlos sonrió.

—Estoy seguro que otros días saldrá mejor.

—No —Kurt se puso serio—. Siempre es igual o peor.

Nuestra alimentación en los Refugios no puede ser más pésima. El Senado sólo se preocupa por seguir con la guerra adelante, por quererla acabar y buscarse ellos y sus sicarios los suficientes placeres. Viven aparte del resto del pueblo. Sus guardias nos vigilan constantemente. Carecemos de lo más esencial.

—Nuestras moradas apenas están ventiladas y la mortandad es grande —añadió Doris.

—Háblanos de vuestros refugios. Carlos —pidió Kurt. Carlos explicó minuciosamente el sistema social de las Arterias. Sus palabras eran escuchadas por los miembros de la resistencia con avidez. En sus ojos había una chispa de envidia y un odio malamente reprimido contra el Senado que los oprimía.

—Nuestros antepasados siempre se sintieron orgullosos de ser ciudadanos de Estados Unidos —rezongó Kurt crispando los puños—. Pero una maldita guerra comenzó un día en un lugar de Asia y desde entonces sigue y sigue. Nuestros ideales murieron y la más aplastante tiranía cayó sobre nuestro pueblo. Nuestros dirigentes se convirtieron en asesinos y quisieron desterrar la gloria de nuestra Historia, pero una de las metas de nuestra resistencia es que no debemos olvidar lo grande y libres que fuimos un lejano día.

Se produjo un silencio. Carlos comprendió en la mirada de Ana que la muchacha se encontraba impaciente porque se hablase en aquella reunión de lo que para ella era más importante.

Carlos se sorprendió al darse cuenta que él también estaba preocupado por la suerte que podían correr Pierre y los demás. Ya

no deseaba la muerte del marido de Ana. No quiso detenerse a preguntarse por qué tal vez al desviar la mirada hacia el rostro sereno, hermoso y decidido de Doris encontró parte de la respuesta.

—Ahora hablemos de nuestros planes de ataque —pidió.

Los hombres que estaban a su espalda se movieron por la habitación, colocándose a ambos lados de Kurt, quien dijo:

—De acuerdo. No podemos demorar por más tiempo el momento del ataque. Pienso que ha llegado la ocasión de poner en práctica el plan previsto desde hace tanto tiempo. Además, contamos con que los europeos están deseosos de lograr la paz. Así pues, nuestro real enemigo es el Consejo.

—¿Dónde creéis que están prisioneros nuestros compañeros? —preguntó Ana.

—Ha sido una lástima que Doris no llegase a tiempo.

Ella debía traerlos a todos vosotros aquí. Queríamos convencerlos de que ibais a perder el tiempo tratando de negociar con el Senado. En cuanto a vuestros compañeros es fácil adivinar que están recluidos en los niveles altos.

—¿Qué son esos niveles?

—Allí viven el Senado, el Juez y los guardianes.

También allí está el computador, fuertemente vigilado. Y los Hornos Atómicos que producen energía para todos los Refugios.

Carlos asintió.

—Con todo esto quieres decir que vigilan estrechamente los puntos claves de los Refugios, ¿no? ¿Cómo se puede entrar allí?

—Todos los días un buen número de ciudadanos entran porque ellos necesitan mucha mano de obra. Durante años hemos procurado que la mayor parte de ellos sean de los nuestros. Llegado el momento podemos disponer de un pequeño ejército dentro del cubil de los tiranos.

—Además, podemos suplantar a muchos trabajadores. Tenemos fichas duplicadas —dijo Doris.

Kurt consultó la hora en su reloj de pulsera.

—Me temo que el Senado no tardará más de veinticuatro horas en ordenar la ejecución de vuestros compañeros —miró dolorosamente a Ana, quien se mordió los labios. Rehuyendo sus ojos, Kurt prosiguió—: Esta misma noche terminaremos de perfilar los más mínimos detalles del plan. Avisaremos a todos los grupos.

No podemos fallar. Si fracasamos no tendremos otra oportunidad en muchos años para acabar con la situación. Para entonces puede ser que el Senado no viva en los refugios, sino en la superficie y ya será imposible poderlos vencer. Nos dejarán a todos nosotros en las profundidades, trabajando para ellos y proporcionándonos constantemente nuestras más hermosas mujeres para ellos y sus soldados.

Ana no pudo reprimir un estremecimiento. Doris la sonrió y dijo divertida:

—La mayor parte de las muchachas de aquí nos afeamos cuanto podemos para no ser «requisadas» por los guardianes. Yo uso una falsa joroba y escondo los pechos, además de ensuciarme el rostro bastante. Pero los hombres del Senado están últimamente sospechando de tanta fealdad.

—¿Todas hacéis lo mismo? —preguntó Ana.

—No —replicó Kurt agachando la cabeza—. Algunas se ofrecen al Senado y sus hombres porque durante algunos años, mientras les dure la hermosura, podrán comer y vestir bien.

Carlos captó mucha amargura en las palabras de Kurt, pero se abstuvo de preguntarle.

El jefe de la resistencia aspiró hondo y dijo: —Vamos, no podemos perder el tiempo. Tenemos que dejar todos los puntos concretados. El personal de los niveles altos entrará dentro de quince horas de servicio. Tenemos lo justo para ...

* * *

—Ana dormirá conmigo —dijo Doris después de conducir a los dos jóvenes hasta un corredor flanqueado por varias puertas. Señalando una, dijo—: Esta es mi habitación. Tú puedes usar la de al lado, Carlos. Iré temprano a despertarte, cuando termine de maquillar a Ana. No la vas a reconocer.

—Por una vez me alegraré de no estar bonita —replicó Ana.

Carlos pensó que Doris necesitaría mucha pericia para ocultar la belleza de Ana. Incluso a Doris le sería difícil hacer desaparecer la suya propia. La americana le gustaba a Carlos más a cada instante, al tiempo que no le parecía tan doloroso que Ana fuese de Pierre.

Un clavo saca otro clavo, se dijo Carlos. Se despidió de las muchachas y empujó la puerta de la habitación que le había sido asignada.

Era pequeña, como la de los solteros de la Comunidad o más. Un catre a ras del suelo, con un delgado colchón le prometían un problemático descanso. Pero estaba lo suficientemente agotado como para ser capaz de dormir en un lecho de púas.

Sin desnudarse se tendió en la cama, enfrascado en sus pensamientos. La luz que pendía del techo, triste y amarilla, no le impediría dormir. Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando la puerta se abrió y entró Doris.

Carlos torció el gesto, preguntándose por qué no había llamado. Se alegró de no haberse desvestido. Se sentó en la cama. Sin esperar a ser invitada, Doris se sentó en la cama, junto a Carlos.

—Te agradecería me devolvieras la pistola, Carlos.

Mañana estoy segura de tener que necesitarla.

El joven se dijo que bien pudo haber esperado Doris a pedírsela por la mañana. Pero de todas formas se alegraba que fuera a verle. Doris se había quitado la chaqueta y la blusa, sin abrochar totalmente, le permitía admirar su bien formado busto. Carlos se disculpó y le entregó la pistola.

—Me desagrada la idea de que tú también te metas en la boca del lobo —dijo disgustado.

—Muchas mujeres irán también. Todos seremos preciso, Carlos.

—Habrá lucha —insistió él.

—Si logramos alcanzar el computador pronto, estoy segura que el Senado y sus sicarios no tardarán en rendirse.

Carlos movió la cabeza poco convencido.

—No sé. Ellos están mejor armados que nosotros y es probable que reaccionen. Claro que no conozco el plan completo —esto lo dijo dolido—. Al parecer Kurt no confía plenamente en nosotros, en Ana y en mí. Nos pidió que nos retirásemos a descansar para quedarse con sus colaboradores ultimando el plan.

—Es mejor así. Quien no sabe no puede hablar.

—¿Teme Kurt que el Senado nos haga prisioneros y nos obligue a hablar? Se conoce que apenas sabe de la gente de la Comunidad. Nunca lograrían hacernos soltar la lengua.

—Por vosotros estoy segura que no; pero ellos tienen medios científicos para hacer hablar al más valiente.

Hubo un instante de silencio. Carlos vio que los sensuales labios de Doris dibujaban una melancólica sonrisa. Preguntó a qué se

debía y ella respondió:

—Has hablado tanto y tan bien de tú pueblo que siento enormes deseos de conocerlo, de ver cómo existe gente que vive casi feliz, dentro de la general infelicidad que nos ha tocado vivir. Al menos sois libres y no tenéis que odiar a vuestros gobernantes. La Comunidad debe ser maravillosa.

A Carlos nunca le pareció perfecta la Comunidad, pero después de haber visto la miseria y opresión en que se desenvolvía el pueblo americano, tuvo que estar de acuerdo con Doris.

—Tal vez llegue el día que pueda mostrarte mi pueblo.

—No quisiera que los tuyos me vieran como a un enemigo.

—No lo harán. Vosotros no nos habéis recibido como tales.

—Porque en realidad sabemos que nuestro mayor enemigo está dentro de los Refugios. Vuestro caso es distinto. Sólo tenéis que odiar a quienes os obligan a seguir con la guerra, a nosotros.

—Yendo conmigo todos te admitirán como amiga. Carlos se aproximó a ella y la besó. La muchacha parecía estar esperándolo. Y también deseándolo. Correspondió al beso. Luego, cuando se apartaron, Carlos leyó en sus ojos un destello de agradecimiento, de esperanza.

Doris se levantó y tomó las manos de Carlos, diciendo:

—Mejor es que no hablemos de un futuro tan incierto. Mañana... será una jornada decisiva.

El se levantó para besarla de nuevo.

—Vivamos ahora, Doris. No desperdiciemos estos instantes de intimidad que nos quedan.

Por toda respuesta, ella se apretó fuerte contra él.

Carlos pensó que no importaba que la puerta careciese de llave, porque los habitantes de las profundidades americanas, al igual que los de Europa, solían ser bastante discretos.

CAPÍTULO IX

HERT Dnahr paseaba nerviosamente por la habitación, como una fiera enjaulada. Era el responsable de la expedición y a quien tal vez la desesperación había minado más su moral. Sus compañeros, Daniel, Pierre y Olga se limitaban a observarlo, sin atreverse a decir algo.

De pronto Hert se detuvo delante de ellos y preguntó:

—¿Es que no se os ocurre nada? No podemos quedarnos así.

—Lo sabemos, Hert; pero sólo podemos confiar en...

—¿En qué? No tenemos esperanza alguna de salvar la expedición. Ya conocéis qué clase de tipos gobiernan aquí. El llamado Senado se niega a entablar negociaciones de paz. Dicen que pronto acabarán con la Comunidad gracias a un arma nueva —agregó con marcado sarcasmo—. Me gustaría estar delante de Dolt-116 para machacarlo hasta convertirlo en un montón de chatarra. ¿Por qué diría ese maldito computador que tendríamos éxito en la misión?

Olga intervino:

—Dolt especificó que debíamos relacionarnos con el elemento joven del enemigo, Bert. Ya has visto la edad tan avanzada que tienen los miembros del Senado.

—Los hombres armados que nos apresaron apenas tienen treinta años y no quisieron escucharme mientras nos traían aquí.

—Ellos no son el pueblo. ¿No notaste el nerviosismo que mostraron los del Senado cuando les pedimos permiso para cambiar impresiones con la juventud de su pueblo? —preguntó Olga—. He llegado a la conclusión de que una minoría gobierna con mano de hierro el resto. Debe existir un gran malestar entre el pueblo. No hay duda alguna de ello.

—Pero no nos darán tiempo a comprobarlo. El Senado insinuó que es casi seguro que nos condenen a morir en los Hornos Atómicos —Bert consultó la hora y dijo—: Aseguraron que dentro de poco conoceríamos su decisión definitiva respecto a nuestra suerte. No tardarán en llegar.

—Cálmate, Bert. Aún están libres Desmare y mi esposa —dijo Pierre sombríamente.

—¿Qué sabemos lo que les ha pasado? —dijo Campos—. Si ellos me sorprendieron en el submarino es fácil pensar que también los cojan en poco tiempo.

Pierre movió la cabeza y dijo:

—Lo que no comprendo aún es cómo Ana pudo distraerse durante su guardia... ¿Por qué tampoco estaba Carlos?

—Tal vez ellos logren establecer contacto con el pueblo que el Senado tiraniza. Aún tenemos posibilidades —comentó Olga.

Bert sonrió con cierta ironía. El era terriblemente pesimista respecto a las ilusiones de la muchacha. Pero le gustó la esperanza de Olga. Entonces, el ruido producido por los cerrojos de la puerta al correrse le quitó la poca que le quedaba. Pronto iban a conocer el destino que les deparaba el Senado de los restos de lo que en otros tiempos constituyó la nación de Estados Unidos de América del Norte.

* * *

Todos miraban ansiosos y con el miedo acostumbrado a la figura menuda y repulsiva sentada en el sillón de ruedas. Los ataques de ira del Juez eran siempre temibles. Y nadie recordaba haberlo visto tan furioso como aquel día.

El Juez observaba con sus ojillos de sangre a sus subordinados, a los cincuenta miembros del Consejo, mientras se agitaba nerviosamente en la silla de ruedas. Sus huesudas manos acariciaron los botones de la cajita metálica que reposaba sobre sus esqueléticas y muertas piernas. Se regocijó al hacerla. Cada vez que manipulaba en los mandos que hacían funcionar los distintos dispositivos de muerte con que contaba su silla, quienes estaban frente a él no podían adivinar si vivirían durante el siguiente instante.

Detrás del Juez, a través de una amplia ventana, podía verse la mole metálica del computador gigante Big Mind situado en el

centro de una enorme sala. Alrededor de la máquina, docenas de hombres y mujeres trabajaban absortos. Señalando hacia la ventana, el Juez dijo con cascada voz:

—Nuestro mejor colaborador, el computador, se está convirtiendo en nuestro más terco enemigo. Os pedí que debíais averiguar por qué no tenemos los informes completos para la nueva arma. Han pasado los días y nada habéis obtenido. ¿Dónde está el fallo?

El portavoz del Senado dijo temblorosamente:

—Big Mind parece tener los circuitos bloqueados para proporcionarnos tales informes.

—¿Por qué ocurre tal cosa? —preguntó el viejo tullido—. El tiempo apremia. Los acontecimientos se precipitan. No me gusta nada lo que está pasando. Esos europeos recién llegados, agitando banderas de paz, amenazan nuestra posición privilegiada. No basta con que los eliminemos, evitando que entren en contacto con los rebeldes que pupulan los Refugios. Pronto vendrá más gente de Europa. Debemos acabar con nuestros enemigos cuanto antes. Si no es así, nunca podremos regresar a la superficie. ¿Es que no lo comprenden?

La última pregunta del Juez fue un aullido que hizo palidecer de terror a los miembros del Senado. Weminster, el portavoz, empezaba a maldecir su alta posición en el Senado, que le obligaba a enfrentarse con el Juez por todos sus compañeros.. Si las cosas iban mal él podía ser el primero en pagar las iras de su superior.

—Sí, Juez. Todos lo sabemos. Pero tal vez los europeos no envíen más emisarios de paz a nuestras tierras si comprenden que los primeros los matamos.

La mano izquierda del Juez golpeó con tal furia sobre la mesa que tenía junto a él que todos pensaron que iba a romperla.

—No y mil veces no —rezongó el Juez—. El computador que poseen los europeos debe ser tan estúpido como el nuestro, que sólo sirve para defendernos, no para atacar de una vez. ¿Recuerdan cuando preguntamos a Big Mind cómo debíamos acabar con la guerra? Ese montón de chatarra nos replicó diciendo que debíamos suspender los ataques, limitandonos a defendernos y luego enviar una misión de paz a Europa. Big Mind nos aseguró que nuestros enemigos acogerían tal ofrecimiento con entusiasmo; pero nos

recomendó que debíamos dirigimos a los jóvenes europeos. Eso fue hace veinte años. Hoy los jóvenes a que se refirió Big Mind estarán en el poder. Debe ser así. Por eso enviaron emisarios para formalizar la paz. Pero no se dirigen a nosotros, sino a los jovenzuelos que desde las profundidades se confabulan para derrocamos. Por todo esto, montón de cretinos, debemos apresurarnos, ganar la guerra y salir a la superficie, dejando al pueblo estúpido aquí dentro.

El Juez hizo girar su sillón de ruedas. Un diminuto motor lo movía con sorprendente agilidad. Mirando el computador, el inválido graznó:

—Dije que me trajeran inmediatamente a los prisioneros. ¿Por qué tardan tanto? Deseo verlos antes que los envíen a los Hornos Atómicos.

Weminster se volvió para mirar angustiado a sus compañeros, esperando alguna ayuda por parte de ellos, pero todos rehuyeron su mirada temerosa. Nadie se atrevía a hablarle al Juez sin permiso de éste. Que Weminster se las arreglase como pudiera.

—No tardarán, Juez. Apenas hace unos minutos que fueron a buscarlos.

El viejo empezó a volverse lentamente en su silla y Weminster pensó que de aquel trasto podía surgir de un segundo a otro el dardo mortal o chorro de gas que lo mataría, si el Juez seguía perdiendo su paciencia.

El Senado, temido por el pueblo, sólo era un montón de cobardes cuando se enfrentaba a la máxima autoridad de los Refugios. Pero cuando el Juez muriese, Weminster sería el líder y entonces todos le temerían a él. Sólo tenía que esperar unos años para alcanzar el poder. Debía tener paciencia y aguardar... si es que salía con vida de aquella situación que empezaba a ponerse tan peligrosa.

La puerta de la sala se abrió y todos suspiraron aliviados cuando vieron aparecer a los prisioneros conducidos por seis soldados armados. Sólo el Juez permaneció indiferente, estudiando con atención a los europeos.

Los jóvenes vieron una triste parodia de un hombre, un anciano hundido en un sillón de ruedas lleno de complicados aparatos. La piel del Juez era blanquísima. Sus ojos danzaban dentro de unas

profundas cuencas y despedían odio cuando se posaron sobre los recién llegados. Sus labios resecos se movieron para decir:

—Soy el Juez, jefe del Senado. Weminster, mi segundo, me contó cómo fue su entrevista con vosotros. Mentiría si os dijera que lamento que hayáis hecho un viaje tan largo para ir a parar a los Hornos Atómicos; por el contrario, me agrada mucho ver morir a cuatro enemigos. Me proporcionaréis un gran placer.

Bert se adelantó a sus compañeros. En seguida había comprendido que sería inútil tratar de convencer a aquel viejo, pero al menos debía intentarlo. Era su deber.

—Su lugarteniente debe haberle dicho entonces cuál es el motivo de nuestro viaje aquí. No comprendemos su actitud, señor. Una paz sería beneficiosa para todos. Apenas quedamos un montón de seres humanos sobre la Tierra. Tenemos un planeta entero para nosotros, para reconstruirlo, para que nuestros descendientes gocen de él por siglos. Antes que vuelvan a superpoblarlo, como ocurrió antes de la guerra, podrán volver a viajar a los mundos del sistema solar primero y luego a las estrellas.

El viejo rió con sorna.

—Eres un iluso si realmente crees en esas cosas. ¿Para qué la paz? Volveríamos a luchar tarde o temprano. Lo mejor será que acabemos para siempre con vosotros, los europeos, como antes acabaron nuestros antepasados con los asiáticos. Nosotros nos bastaremos para hacer de este planeta un mundo a nuestra medida, sin tenerlo que compartir con personas de distinta creencia a la nuestra.

Bert miró con irritación al viejo. Tenía poco que perder y no le importó decir:

—¿A quiénes se refiere al hablar así, señor? Apenas hemos llegado y ya comprendemos que usted y el Senado, ayudados por un montón de tipos armados subyugan al pueblo americano.

Bert esperó que el Juez empezara a soltar maldiciones. Por el contrario, éste respondió:

—Al parecer en Europa gozan ahora de una verdadera democracia, ¿no? Nosotros la tuvimos un día y por su culpa no conseguimos el total dominio del mundo. Estuvimos a punto de hacerlo, pero siempre existieron defensores de la Libertad que se enfrentaron a nosotros. Cuando nos deshicimos de ellos

emprendimos la más grande de las guerras de la Historia. Ahora sólo estamos a un paso de conseguir la victoria y nos encontraremos con un mundo sin razas distintas a la nuestra, sin creencias contrarias ni nada que nos estorbe. Todo lo haremos según nuestro criterio. Será un mundo perfecto...

—Sí, será la felicidad para el reducido grupo de partidarios que tiene a su alrededor, pero a costa del sufrimiento y la miseria del pueblo.

—Roma fue grande cuando tuvo millones de esclavos. Cuando los perdió, su imperio desapareció. Además, no se puede ser feliz cuando uno ve a su alrededor gente dichosa.

Bert, ante la extraña filosofía del tullido, comprendió definitivamente que sería inútil seguir discutiendo con él. Miró a sus compañeros lleno de desaliento. Oiga dijo con voz segura, sorprendiendo con la pregunta que dirigió al Juez:

—¿Siempre estuvo postrado en esa silla de ruedas, señor? ¿Por qué se hace llamar Juez?

El viejo miró torvamente a la muchacha. Sus dedos se acercaron al panel de botones y los Senadores se retiraron apresuradamente de detrás de los prisioneros. Los guardianes hicieron otro tanto, pero sin dejar de encañonarlos con sus armas.

El Juez retiró sus sarmentosas manos al final de los botones.

—Eres atrevida, muchacha. No sé si enviarte a los Hornos o entregarte a mis guardianes. Lo pensaré. Antes vaya contestar a tus preguntas. Soy viejo, demasiado. Mi inteligencia y los años que tengo me ponen por encima de los demás seres. Adivino que eres una psicóloga y pretendes descubrir mis pensamientos. Te voy a ayudar. Has tocado dos puntos claves de mi existencia.

»Nací inválido. Mi madre estuvo cerca de una explosión atómica y el feto que llevaba en sus entrañas sufrió graves alteraciones. Era yo. Mis piernas nacieron muertas. Apenas tienen el tamaño de las de un niño de unos meses. Sería risible para vosotros que levantase la manta que las cubre. Pero no os daré tal satisfacción. En cuanto a la segunda pregunta, mi padre fue juez del Tribunal Supremo. Estuvo tentado de hacerme matar cuando vio el horror que yo era. Se volvió un poco loco y decidió que viviera para inculcar en mí todo el odio que tenía contra nuestros enemigos, contra vosotros. Poco a poco me fui haciendo con el poder de los Refugiados

supervivientes y los organicé de modo que pudiéramos subsistir e incluso poder alcanzar un día la victoria.

»Ahora estamos a punto de triunfar. Pese a mi aparente fragilidad, estoy seguro de vivir aún muchos años y disfrutar de los placeres.

La risa de Olga estalló ruidosa. Todos la miraron asombrados.

—¿Por qué ríes, mujer? —preguntó el viejo silabeante.

—Usted está loco, Juez. Tanto, que no sé cómo sus compañeros son capaces de obedecerle. ¿Qué placeres puede obtener usted? ¿De qué puede disfrutar si no es descargando su odio contra los demás? Veo en las miradas de sus secuaces el más profundo de los temores, pero también al mismo tiempo el odio más brutal hacia su persona.

—Eres lista, mujer. Pretendes fomentar la rebelión entre esos cobardes contra mí. No te hagas ilusiones. No se atreverán. Saben que sin mí acabarían con ellos las turbas del pueblo. O se pelearían entre sí por ocupar mi puesto. Sólo Weminster podrá sustituirme algún día, pero no ahora. ¿Crees que los placeres están vedados para mí?

—No sólo nació con las piernas tullidas, muertas, sino que también sus órganos genitales quedaron en la misma condición.

—Debería matarte por lo que estás diciendo; pero en cambio...

Olga comprendió demasiado tarde que se había equivocado. El miedo de los Senadores era mucho más grande que el odio que sentían hacia el Juez. Nada había conseguido con sus provocaciones. Solamente conseguir enfurecer al Juez. Le dio miedo el brillo de sus ojos. Retrocedió y Bert intentó animarla estrechándola entre sus brazos.

Todos estaban expectantes a que el Juez siguiera con su interrumpida frase. Con voz entrecortada por la furia, el viejo dijo:

—Tus palabras han forzado a trabajar aceleradamente mi inteligencia, mujer, para idear en un segundo una muerte mejor para vosotros. Poseo muchas formas para divertirme. Estoy dispuesto a satisfacer tu curiosidad mostrándote cómo suelo disfrutar con mis placeres particulares —se dirigió a los guardianes y dijo—: Traed a los prisioneros. Iremos a la Cámara Privada.

Aquel nombre produjo entre los Senadores el hecho insólito de arrancar sus sonrisas. Parecían disfrutar de antemano ante un espectáculo que se les prometía sumamente divertido.

El Juez se dirigió a una de las salidas de la sala cuando entró un Senador sofocado y corriendo, que explicó:

—Juez, hemos averiguado por fin que el relevo que acaba de entrar es el que utiliza a Big Mind para su provecho, cuando logran burlar la vigilancia de los guardianes.

El anciano dibujó una sonrisa de satisfacción, diciendo:

—Sabía que alguno de los turnos estaba integrado en su mayoría por rebeldes y que alguna vez cometerían un fallo. Si es cierto lo que dices, Senador, que no se efectúe el relevo. Ese turno culpable de sedición debe ser conducido a mi Cámara Privada. Mostraré a los prisioneros de forma viva cómo van a morir ellos. Esos cochinos rebeldes serán buenos elementos para un ensayo real.

El Senador portador de la noticia se marchó corriendo a cumplimentar la orden del Juez. Los demás miembros del Senado se miraron entre sí rebosantes de alegría. El espectáculo que les iba brindar el Juez iba a ser extenso y muy divertido.

—¡Vamos! —gritó el Juez poniendo en marcha el motor de su sillón, al tiempo que los guardianes empujaban a los prisioneros.

—Soy una estúpida —murmuró Olga a Bert—. Sólo he conseguido enfurecer a ese monstruo y complicar más las cosas.

Bert tragó saliva y trató de infundirle unos ánimos que hubiera deseado para él.

—Aún estamos vivos. Tengamos esperanzas, como tú decías.

Pierre escuchó y se preguntó desalentado a qué clase de esperanza se refería el jefe de la infortunada expedición de paz.

CAPÍTULO X

CARLOS y Ana fueron conducidos por Doris al grupo de rebeldes que debían efectuar el relevo al equipo que trabajaba con el computador Big Mind. Los otros miembros de la resistencia ascendieron a los Niveles Altos, siempre vigilados y severamente inspeccionados por los guardianes, distribuyéndose por los distintos departamentos de la clase privilegiada para efectuar sus trabajos.

Pero algo anómalo estaba sucediendo aquel día.

En lugar de ser introducidos en el salón del computador, el grupo mandado por Kurt Thasman fue obligado a entrar en un cuarto donde les esperaba un pelotón de guardianes con las armas prestas.

—¿Qué sucede? —preguntó Carlos a Kurt mientras se palpaba la pistola oculta. Hasta ahora no habían sido registrados a fondo. Si habían sido llevados allí para hacerla, estaban perdidos.

—No lo sé. Nunca ha ocurrido esto. Es anormal. Entró un Senador que habló brevemente con el oficial al mando de los guardianes. Luego se marchó.

Doris había mirado por la puerta entreabierta y dijo a Kurt:

—El equipo que debíamos relevar sigue en su puesto de trabajo. Seguirán allí, al parecer, hasta el siguiente relevo, dentro de ocho horas. Esto me preocupa, Kurt. ¿Sospecharán algo?

—Es imposible. Estoy pensando en otra cosa.

—¿Traidores entre nosotros?

—No. Confío en todos —respondió Kurt—. Pienso en que es posible que más bien hayan efectuado una inspección profunda en los registros del computador y descubierto nuestro trabajo secreto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carlos.

—Hemos estado enviando impulsos radiomagnéticos a vuestro

computador en Europa.

—¿Eso es posible?

—No lo sabemos con certeza, pero tal vez hayamos obtenido un resultado positivo. ¿Acaso nuestro computador no se ha negado a facilitar datos sobre la nueva arma y el vuestro no ha impulsado a vuestros jefes a enviarlos para hacer la paz, dirigiéndose a nosotros y no al Senado?

Carlos se quedó pensativo. Kurt podía tener razón.

La reaparición del Senador cortó el hilo de sus pensamientos. El altanero personaje, dibujando una sonrisa irónica, salvaje, dijo:

—Vamos. Seréis conducidos a la Cámara Privada del Juez. Ya conocemos vuestros delitos. Allí recibiréis el justo castigo.

Carlos notó que sus compañeros americanos palidecían. Mientras salían de la estancia conducidos por los guardianes, preguntó:

—Doris, ¿qué es la Cámara Privada del Juez?

La muchacha alzó hacia él sus ojos ajados por los afeites y dijo apenada.

—El Juez debe tener la intención de convertirnos en sus juguetes para divertirse un rato; pero no le dejaremos. Son tan soberbios que no han pensado que están llevando la muerte a su cubil. Si tenemos que morir antes acabaremos con muchos de ellos. Confiamos en que los demás grupos diseminados por los niveles actúan al mismo tiempo que nosotros. Kurt les enviará en el momento oportuno una señal de radio.

Los guardianes empujaban con los fusiles y Carlos no pudo preguntar nada más.

* * *

Bert miró primero con curiosidad lo que había en la enorme sala a que fueron conducidos. Sólo necesitó unos segundos para comprender el servicio que al Juez debían prestar los utensilios allí colocados. Miró a sus compañeros y por la palidez de sus rostros no necesitó preguntarles para saber que ellos también habían comprendido que se hallaban en la sala de juegos del siniestro personaje.

—Hacía tiempo que no venía aquí —graznó el viejo—. De un tiempo para acá me siento un poco apático.

Los Senadores rieron la introvertida gracia de su amo. Este continuó:

—Así es. He trabajado demasiado últimamente. Esta es una buena ocasión para divertirme un poco. Tal vez no haya venido antes porque necesito de voluntarios para estos maravillosos aparatos —dirigiéndose a Bert, agregó—: ¿Veis ese cubo de cristal? En él suelo colocar a varias personas de ambos sexos. Mediante unos gases estimulantes y luces adecuadas provocho en ellos un gran desenfreno sexual. Terminan cometiendo tales aberraciones que... Pero aún tengo cosas mejores, como aquel potro con el que suelo obtener...

Las puertas se abrieron y unas veinte personas que vestían monos de trabajo de los Refugios entraron escoltadas por media docena de guardián es armados. La cara contrahecha del líder americano se iluminó. Sonriendo torvamente, dijo:

—Son los rebeldes que estuvieron utilizando para su provecho el computador. Seguro que son ellos los culpables de que Big Mind nos niegue información para la nueva arma.

Pierre estuvo a punto de cometer una gran torpeza al descubrir a Ana en el grupo recién llegado, pese a su disfraz. Apenas pudo contener sus deseos de correr hacia ella. Al lado de Ana estaba Carlos, que pese a haber visto a sus compañeros de expedición, disimulaba a la perfección. En cambio Ana no pudo ocultar su alegría, atreviéndose a sonreír a su marido al verle sano y salvo por el momento.

—Son traidores y morirán —dijo el Juez con voz dura señalando el relevo detenido.

—¿Está seguro de ello? —preguntó Bert tratando de conservar la calma. Pensaba que al estar Carlos y Ana entre los americanos no podía estar todo perdido—. ¿No va a juzgarlos antes?

—Son culpables. Y si no lo fueran, me servirán para hacer un escarmiento ante los demás —silabeó el Juez—. Además, necesito unas cobayas para que vosotros veáis de qué forma pienso mataros.

Llamó a Weminster y le cuchicheó unas palabras al oído. El lugarteniente se alejó del Juez sonriendo siniestramente. Señaló a Doris, Kurt y dos muchachas más del grupo e indicó a tres guardianes que los introdujeran en el cubo de cristal.

—Tres hembras y un varón —explicó el Juez—. Es una ligera variante que pienso introducir en el juego —se acercó a un enorme panel de mandos y empezó a mover interruptores y manijas. El

interior del cubo de cristal se inundó de luces de colores parpadeantes—. Os aseguro que quienes estén dentro, pese a lo que penséis, no experimentarán realmente placer alguno. Mas bien, un dolor inmenso, duradero e insoportable. No sobreviven mucho tiempo, pero resulta sumamente divertido... para quienes contemplan el espectáculo. Yo lo defino como morir de placer sin experimentar gozo alguno. Suele llevar la peor parte la persona que se encuentra en inferioridad numérica respecto a sus compañeros de sexo contrario.

Mirando fijamente a Olga, añadió:

—Me parece que su curiosidad va siendo satisfecha, mujer. Luego podrá comprobar por sí misma cómo me distraigo, cómo suplo mi insuficiencia varonil, cosa que usted inteligentemente descubrió. Entrará luego en el cubo... con tres o cuatro hombres. Esta combinación será aún más interesante.

Los guardianes empujaron a Doris, Kurt y las dos muchachas hacia el cubo, indicándoles que se desnudaran. Lentamente, Kurt empezó a despojarse de su camisa. Las mujeres parecían más remisas. Los Senadores empezaron a reír, animando a los guardianes a obligarlas. La diversión sería más interesante cuanto más durase.

Carlos empezó a ponerse nervioso. Recordaba las palabras de Kurt. Sólo él podía dar la orden de comenzar el ataque. Se preguntó qué era lo que estaba esperando. Echó un vistazo alrededor y pensó que aquel era un buen momento. Los Senadores tomaban asiento y los guardianes empezaban a interesarse en el espectáculo, olvidando un poco su vigilancia.

Kurt sostenía entre sus manos la camisa. Un guardián se acercó resuelto al grupo de tres mujeres. Dejó de apuntarlas con su arma para arrancarle las ropas a Doris cuando Kurt tiró su camisa y disparó contra él dos veces.

El asombro en la sala fue enorme entre Senadores y guardianes. Bajo los disparos de los rebeldes empezaron a caer acribillados a balazos.

Carlos disparó dos veces contra el soldado que les vigilaba. A unos diez metros de él estaba el Juez, atónito junto al panel de mandos. La ridícula y tenebrosa figura del líder se agitó convulsa, su sillón giró y las manos esqueléticas descendieron sobre el tablero

lleno de botones que manejaba el vehículo.

Los europeos no conocían el poder de destrucción encerrado en el sillón del inválido, pero sí los americanos. Varios rebeldes, una vez aniquilados los guardianes, empezaron a disparar contra el viejo. Erraron en sus disparos y el Juez tuvo que abandonar su atención sobre los europeos para lanzar contra ellos unas ráfagas de ametralladora que los fulminó.

—¡Huyamos! —gritó Kurt señalando la salida. Carlos empujó a sus compañeros. Los asustados Senadores intentaron también alcanzar la puerta, pero los rebeldes dispararon contra ellos y los hicieron retroceder. Se habían interpuestos entre ellos y el Juez, que vociferaba furioso, pidiendo que se quitasen de en medio.

Los sicarios del inválido estaban totalmente dominados por el miedo y no le oyeron. Desesperado, el anciano empezó a disparar sus armas contra ellos con el deseo de alcanzar a los rebeldes que ya empezaban a salir de la Cámara Privada.

Carlos ayudó a Ana y a Doris a salir. Miró hacia atrás y vio al resto de los enloquecidos Senadores caer muertos bajo la acción destructora de las armas del viejo alojadas en su silla de ruedas. Cerró la puerta tras sí, pero no encontró cerrojo alguno con el que asegurarla.

Los rebeldes cruzaron el corredor y entraron en la habitación donde a través de un amplio ventanal se veía la sala del computador. Desde allí observaron cómo sus compañeros estaban terminando con la escasa resistencia de los guardianes. La revuelta, al parecer, iba por buen camino. Pero aún quedaban muchos enemigos armados, que si llegaban a reorganizarse podían sofocarla. El viejo, desde su silla de ruedas era casi invencible y en ella poseía medios para comunicarse con sus adictos, conducirlos y ordenarles un ataque masivo contra los revoltosos.

—Debimos matar al viejo —masculló Kurt acercándose a la ventana de cristal a prueba de balas—. En otros niveles hay numerosos retenes de guardianes. Si el viejo los controla por radio nos coparán como a ratas. Sin él se rendirían.

Carlos dijo:

—Podemos volver a por él.

—Nos liquidaría desde su silla, que es casi un tanque.

Los rebeldes de la sala del computador habían visto a su jefe y

compañero al otro lado del cristal y empezaron a dar gritos de júbilo. Kurt les saludó con la mano.

—Vayamos a reunirnos con ellos —dijo el jefe rebelde, mirando con aprensión hacia el corredor por donde habían salido. Añadió: — El viejo es capaz de seguimos.

Se dirigían a la salida cuando una plancha de acero descendió del techo y la cerró. Al mismo tiempo, en el dintel de la otra puerta apareció la figura siniestra del Juez. Los cañones de las ametralladoras de su silla humeaban aún.

Sonriendo de forma demente, el viejo dijo:

—He liquidado a toda esa sarta de sabandijas que sólo sabían medrar a mi costa. Llegó el momento crucial y quisieron abandonarme. No tuvieron arrestos para luchar.

Carlos levantó su pistola, pero Kurt se la hizo bajar, haciéndole comprender con la mirada que no debía hacer precipitar los acontecimientos. Con un leve movimiento, el viejo podía lanzar miles de proyectiles en unos segundos con sus doce ametralladoras o gasearlos.

—Aún podemos llegar a un entendimiento, Juez —dijo Kurt.

—No trate de ganar tiempo, cochino rebelde —rezongó el viejo.

El Juez estaba justo debajo del marco de la puerta.

Su silla comenzó a moverse lentamente. Necesitaba salir a la sala para que la mortandad que podían producir sus armas fuese total. Entonces se escuchó un crujido y el Juez alzó la mirada. Lanzó un grito de terror y sus manos instintivamente se alzaron para intentar inútilmente detener la plancha de acero que descendía velozmente sobre él, sellando la puerta donde se hallaba.

Doris cerró los ojos y dio la espalda al desagradable espectáculo. La parodia de hombre y la silla parecieron hundirse en el suelo bajo la guillotinanté acción de la plancha de acero. El grito que empezó a salir de la garganta del monstruo murió rápidamente.

Carlos protegió a Doris con sus brazos. La muchacha se había portado valerosamente hasta entonces, pero su ánimo empezaba a flaquear y un llanto subió por su pecho hasta estallar en la garganta.

Kurt miró anonadado la masa informe que era el Juez y la silla.

—No comprendo —dijo—. Siempre pensé que estas secciones de acero de seguridad sólo podían moverse a impulsos de los mandos

instalados en la silla del viejo... y del computador, por supuesto.

Miró hacia la maciza mole situada al otro lado del ventanal. Docenas de personas se apoyaban sobre el grueso cristal. Habían presenciado angustiadas e incapacitadas para interferir la escena. Ahora empezó a elevarse la sección de acero que selló la puerta por la que pensaban huir del enloquecido líder. Al otro lado estaban algunos rebeldes. Uno de ellos dijo a Kurt:

—El resto de los guardianes del Juez están encerrados en varias secciones del nivel inferior. Las puertas empezaron a cerrarse y los dejaron aislados. Luego dejó de entrarles aire. Cuando estaban a punto de morir asfixiados pidieron rendirse sin condiciones.

—¿Quién cerró las puertas? —preguntó, aún pálido, Kurt—. Nadie de nosotros conoce lo suficiente al computador como para ser capaz de anular las órdenes de seguridad del viejo, que podía ejecutar fácilmente desde su sillón. Estoy seguro que él hizo descender la que nos cerró el paso, pero, ¿quién hizo caer la que lo mató?

Los recién llegados, sudorosos, negaron con la cabeza. Nadie reconocía haber hecho algo semejante.

Kurt, seguido por los demás, se acercó al ventanal.

Los que estaban al otro lado se apartaron para que pudieran ver al computador. Las luces de la máquina no parpadeaban. Aquello significaba que de los Refugios no partían proyectiles contra Europa. El computador había obrado por sí mismo, habíase librado de la tiranía del Juez y parecía descansar después de tantos lustros de trabajo interminable.

Carlos así lo comprendió y estuvo seguro que al otro lado del océano, Dolt-116, ante el asombro de sus servidores, cerraba las exclusas por la que salían los misiles y desarmaba las cabezas nucleares de éstos. A través de miles de kilómetros, dos máquinas gemelas habían logrado ponerse de acuerdo mucho antes que los hombres que se habían valido de ellas para sostener una larga guerra.

EPILOGO

PARECÍA una fiesta, un alegre día de playa.

Sobre las doradas arenas todo el pueblo subterráneo de América se había congregado para despedir al submarino que retornaba al continente europeo.

Las pieles pálidas, sonrosadas ahora por los rayos del sol, aparecían felices ante su reencuentro con el vivificante astro. Los ojos parpadeaban continuamente ante la desacostumbrada fuerza luminosa.

Junto al bote neumático, los seis miembros de la expedición se despedían de Kurt y los demás jefes de la triunfante revuelta. Bert recibía los últimos mensajes que debería transmitir al Consejo de la Comunidad.

—Me hubiera gustado ir con vosotros, pero en el submarino no había más sitio que para otra persona y Carlos Desmare se apresuró a cubrir esa plaza —dijo Kurt sonriente— mirando a Doris, que agarrada del brazo de Carlos asistía a la conversación de despedida.

—Carlos tiene que regresar con los suyos y yo no quiero que se me escape. Cuando vuelva a la Comunidad será un héroe y las chicas se pelearán por él.

Pierre rió y dijo divertido:

—Algunas veces pensé que Carlos recibió un duro golpe cuando se enteró que Ana y yo nos casamos —miró a su esposa a los ojos y añadió—: Pero ahora compruebo que me equivoqué. ¿Sabéis que estaba un poco celoso cuando ellos se perdieron antes de que nos apresaran los guardianes del Juez?

—No digas tonterías, Pierre —le censuró Ana—. Aquella noche apareció Doris y ya no le dejó —terminó riendo.

—Lo sé, cariño —dijo Pierre besándola—. Pero es que yo noté a

Carlos muy extrañado desde que volvimos a verle. Pensé cosas de las que ahora me arrepiento.

—Pues olvídalas entonces. No es día para entristecerse.

Carlos se limitaba a escucharles y sonreír. Deseó que nadie notase su sonrojo. Sentía vergüenza y remordimientos por la bajeza de sus antiguos pensamientos. Pero Doris le haría olvidar rápidamente que por algún tiempo estuvo decidido a cometer un acto del cual ahora, ante su solo pensamiento, se sentía sucio y despreciable.

Los ojos claros y dichosos de Doris al mirarle parecían querer decirle que debía olvidarlo todo.

Era el momento de que todo el mundo olvidase el oscuro pasado. Ahora ante la Humanidad se habrían nuevos y prometedores horizontes. Tenían ante ellos un planeta que reconstruir y una galaxia más tarde que conquistar.

Bert pidió que subiesen a bordo y el motor de fuera borda se puso en funcionamiento. Mientras el bote se acercaba al submarino, el clamor de la playa subió de intensidad. Los europeos saludaron a los que quedaban.

Pronto volverían ellos y otros para seguir estrechando los lazos que nunca más debían volverse a romper.

Hert Dnaher sonreía satisfecho. Tenía motivos para estarlo. La misión había tenido un final satisfactorio. Olga estaba a su lado y su mirada era una segura promesa de futura dicha.

Mirando hacia el cielo, limpio y brillante, se dijo que nunca más debían surcarlo vehículos ciegos de muerte.

FIN